

La Revista

Blanca.

PUBLICACION QUINCENAL DE
SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

SUMARIO

La crítica de la anarquía, Alfredo Naquet — Las ideas avanzadas en Egipto. — Crónica científica, Tarrida del Mármol. — Continuación de lo mismo, Félix de Unamuno. — El Castillo Maldito (continuación), Federico Urales. — La herencia y la ley de la evolución, Ch. Ribot. — Cuestiones sociales, Donato Luben. — Hasta el fondo del abismo, P. de Truvia.

ADMINISTRACION

1, CRISTOBAL BORDIU, 1

MADRID

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI-T.º VI-M.º 125

Administración: Cristóbal Bordin, 1, Madrid

1.º de Septiembre de 1903

LA CRITICA DE LA ANARQUIA

LOS FONDOS DE RESERVA

I

Si el comunismo anarquista no encuentra en el trabajo de los actualmente ociosos una compensación para el reposo relativo de cuantos en nuestros días trabajan con exceso, ¿conseguiría, al menos por la supresión del consumo suntuoso, poner término á la pobreza?

Kropotkine lo afirma. Acusa á los capitalistas de apropiarse cerca de la mitad de la total producción, y supone que, aun sin el auxilio de nuevos progresos, podría llegarse al bienestar común con sólo esparcir en la masa de los proletarios los tesoros que unos cuantos derrochan ó acaparan.

Según el socialista inglés Hyndmann, quien publica en la *Petite République* cifras probablemente exageradas, la *Standard oil Company* (Trust del petróleo), realizó el año pasado un beneficio de cien millones de dollars (500.000 000 de francos), ingresando en la caja del director, M. Rockefeller, cien millones de francos.

«¡Cuántas familias—exclaman al punto los anarquistas—encontrarían asegurada su existencia si esta suma, tan indebidamente retenida por el capital, se repartiera íntegra á los obreros que la han producido! Y tal sería el caso incontestable—añaden—si los elementos necesarios para esta producción fuesen la propiedad de todos en vez de estar acaparados y monopolizados por unos cuantos.»

El argumento, por desgracia, no es concluyente. Se olvida un dato esencial: la necesidad de un fondo social de reserva. Y esta necesidad es, sin embargo, un grave obstáculo. Karl Marx lo reconocía así, aunque accidentalmente y sin atribuirle demasiada importancia.

Yo he desarrollado con extensión esta cuestión en mi folleto de 1890 *Socialismo colectivista y socialismo liberal*, y en mi libro de 1900 *Tiempos futuros*. Mas como no tengo la pretensión de pensar que cuantos hayan leído una de mis publicaciones deban leer las demás, me creo en el derecho de repetir aquí algunos conceptos de mis obras.

Para que el postulado de Kropotkine, de Hyndmann y de gran número de socialistas tuviese fundamento, sería indispensable que todas las sumas retiradas por los capitalistas se emplearan en el consumo personal de éstos ó de su clientela—repárese que empleo esta palabra en el antiguo sentido romano.

Admitamos una hipótesis. Supongamos que los capitalistas se atribuyen de los beneficios de su industria una parte igual á la que actualmente retiran, pero que, en lugar de gastarla, la economizan casi en total para emplearla en una producción ulterior, y que

viven una vida en absoluto semejante á sus obreros en casa, alimentación y vestido. ¿Podría acusárseles de sembrar la miseria en torno suyo apropiándose el bien de los demás? Evidentemente no! El único reproche que podríamos en tal caso dirigirles sería el de abusar de la economía y el de dar demasiada importancia á las amortizaciones y seguros, exagerando las reservas. Y éste sería un nuevo problema que aparecería ante nuestros ojos.

Pero los hechos no son éstos: M. Schneider, Rockefeller y Rothschild consumen infinitamente más que los obreros de Creuzot, de la *Standart oil Company* y del ferrocarril del Norte, considerados individualmente. Pero tampoco son como suponen los que creen que los citados capitalistas consumen la totalidad de sus productos.

¿Cuál es la proporción entre las sumas reservadas por los capitalistas y las gastadas por éstos, por sus familias y gentes de su servicio? Necesario sería establecerla, para formar un juicio científico sobre la cuestión que se plantea.

II

Tal análisis es evidentemente difícil de realizar. Los capitalistas aislados, no nos presentan sus balances, y si las sociedades por acciones están obligadas á publicarlos; sus administradores y accionistas nada nos muestran, después de la distribución de los dividendos, con respecto al uso y empleo de cuanto á cada uno de ellos corresponde.

Podemos, sin embargo, afirmar, sin peligro de incurrir en temeridad de juicio, que á medida que el capital aumenta, la parte de consumo relativa disminuye.

Ignoro la exactitud y verdad que pueda haber en la afirmación de M. Hyndmann al atribuir cien millones de francos á la caja de Rockefeller como ganancia en el *trust* del petróleo. Pero no importa! M. Rockefeller no es para mí en este momento sino una abstracción, un personaje mitológico, y quiero razonar sobre sus fabulosos beneficios.

Si M. Rockefeller tiene en caja cien millones de francos, á menos que supongamos en él una avaricia excepcional, debe tener en su casa un tren de vida mucho más dispendioso que cualquier modesto industrial cuya labor produzca cinco ó seis mil francos al año.

Pero si abandonamos el punto de vista absoluto para colocarnos en el relativo, pronto veremos que el pequeño industrial invierte más parte de la producción que M. Rockefeller.

Vivirá con escaso lujo, y su modesta morada no será en nada semejante al lujoso hotel que probablemente posee el *rey del petróleo*. Pero es muy probable que invierta en su vida la totalidad de los dos beneficios de su industria. Suponiendo ahora que estos seis mil francos representen una suma estrictamente igual á la que reciban sus obreros en forma de salario, podríamos afirmar con exactitud que ha acaparado la mitad de la producción.

Ahora bien; M. Rockefeller no gasta ciertamente sus cien millones de ganancia ni sus asociados de la *Standard oil Company* la parte alcuota que les corresponde. Por mucho que sea su lujo y grandes las exigencias de su vida, no superarán en gastos á los monarcas, y las listas civiles de reyes y emperadores no pasan, cuando más, de veinticinco millones de francos.

Evaluemos en esta cifra, improbable por lo excesiva, el gasto de M. Rockefeller. Con ello no justificamos la inversión, sino de una cuarta parte de sus beneficios, y queda el resto capitalizado para un empleo productivo ulterior.

Si suponemos ahora, como anteriormente hicimos, que los beneficios son la exacta representación de cuanto ha recibido en salarios la masa de obreros de la *Standard oil*,

no tenemos derecho á acusar á M. Rockefeller y á sus consocios por haberse arribado una parte de provecho igual al 100 por 100, sino una parte, que sólo equivale al 25 por 100. Y claro es que si uno, ó dos, ó tres ó cuatro de estos reyes de la industria desaparecieran absorbidos por un capitalista único, la cantidad retirada para el gasto personal correspondería á un 12,50, á 6,25, á 3, á 1 $\frac{1}{2}$, á $\frac{3}{4}$, por 100, reduciéndose, finalmente, á una cantidad insignificante en la hipótesis de que todo el capital residiese en un sólo dueño.

Y hemos hecho por lo demás—importa que insistamos en ello—una concesión extrema al admitir la igualdad entre los provechos de los capitalistas y la suma de los salarios de sus obreros. Yo he demostrado por multitud de ejemplos en *Los tiempos futuros* que esta suma de salarios supera en mucho á los beneficios que obtienen los capitalistas.

Es inadmisibile, fuerza es reconocerlo, que el capitalista se adjudique la octava parte de la producción; mas esta proporción dista mucho de la que denuncian los socialistas, y que hemos admitido para nuestra hipótesis. Podemos, desde luego, someter á una severa revisión las conclusiones sobre el bienestar de que gozarían los obreros de las grandes industrias si los beneficios invertidos en el lujo de los patronos fueran repartidos entre todos los trabajadores.

Los anarquistas, para cimentar su tesis, no encuentran un terreno más sólido en las desigualdades del consumo que en las desigualdades de la producción, y no es cierto que suprimiendo á raíz de la revolución todo acaparamiento capitalista pueda hacerse aplicable la conquista en bloque de los objetos indispensables á la existencia.

Esto es únicamente lo que trato de exponer aquí, sin que abrigue deseo alguno de glorificar á la sociedad capitalista. Esta sociedad puede justificarse por las leyes de la historia. Así ha debido producirse, y señala una fase de la humanidad. Pero como toda organización viva, lleva en sí sus gérmenes de muerte y evolutivamente camina á una nueva organización.

III

Las sumas acaparadas por los detentadores del capital, sean ó no gastadas, no dejan por eso de ser sustraídas á los productores.

¿Esto es un mal ó un bien?

Toda sociedad territorial ó industrial, feudal ó capitalista, socialista ó burguesa, necesita para vivir, y sobre todo para desarrollarse, retener todos los años una parte mayor ó menor de su producción. Fuerza es que amortice y perfeccione sus máquinas y herramientas, que sepa y pueda resistir las malas cosechas y los fracasos anejos á toda industria ó empresa, y que realice, en fin, los grandes trabajos públicos por el medio del préstamo que hoy día se utiliza. Por este único camino podrá llegar al poder, á la cultura, y, por vía de consecuencia, á la fraternidad y al bienestar.

Y no he hecho alusión alguna á lo que hoy llamamos gastos colectivos: construcción y cuidado de los caminos y canales, servicio de comunicaciones y transportes, obras de saneamiento, etc., etc., de que cada ciudadano se beneficia y que no podría figurar en el presupuesto personal de cada individuo. Kropotkine me responde sobre este punto, con gran tino, que esto son utilidades ya socializadas que constituyen los primeros jalones del comunismo futuro.

Aun en este aspecto de la cuestión, permítasenos insistir: los gastos colectivos habrán de mantenerse en la nueva forma social, y puesto que de ellos gozan actualmente todos, y la misma parte de producción no puede ser distribuída dos veces, no habría en este sen-

ti lo, después de la revolución, aumento alguno en la fracción de las riquezas atribuidas á cada cual.

Pero atengámonos á los capitales no gastados, que constituyen verdaderamente el abuso.

Hace un siglo que se han levantado masas de organismos colectivos, las sociedades por acciones, anónimas ó en comandita, cuyo desarrollo es considerable y que manifiesta una tendencia inequívoca á substituir á la acción de los capitalistas aislados.

En estas sociedades, cuando todos los gastos generales están cubiertos, y antes de toda distribución de los dividendos, se retira una parte más ó menos importante para constituir un fondo de reserva. Y hasta cierto punto éste es obligatorio, según las leyes. Por la extensión de este fondo de reserva, como por la cifra de los dividendos, se juzga de la solidez é importancia de las compañías.

Pero este fondo puede alcanzar un grado mayor ó menor, y para que la asociación responda al fin que tuvieron los capitalistas al asociarse, importa que no se exagere ni se reduzca de un modo arbitrario y sin medida.

La asociación que capitalizara la totalidad de sus productos, sin substituir parte alguna de ellos, no cumpliría su objeto. Los accionistas, al crearla, se proponen únicamente obtener beneficios que les permitan vivir, y no la acumulación de riquezas para ser contempladas—en los libros de contabilidad—sin utilizarlas en provecho propio.

En cuanto á la compañía que no reservase nada y que distribuyese sus provechos hasta el último céntimo, estaría destinada á una muerte infalible.

Entre ambos extremos, igualmente funestos, es necesario aceptar una solución media que aconseja la práctica.

Y cuanto decimos de las sociedades de capitalistas, puede hacerse extensivo á lo que hoy se llama Patria y mañana se llamará Humanidad.

Supongamos que todo obrero reciba cada año en géneros y productos diversos la representación exacta de lo que su trabajo ha producido, gozando de relativa abundancia si el año ha sido fructuoso, y restringiendo su consumo cuando vengan días menos favorables.

Todos los esfuerzos encontrarán su término. ¡Mayor cantidad de trabajos públicos, de renovación de útiles para las industrias, más estímulo para nuevas labores! Después de un corto período de prosperidad ficticia, la asociación humana caerá en la consunción y el agotamiento, necesitando para levantarse grandes sacrificios.

Supongamos, por oposición á esta primera hipótesis, un fondo excesivo de reserva, una reducción exagerada de la parte distribuida al trabajador del producto de su trabajo. La miseria se eternizaría, naciendo al punto este contraste: por un lado, una abundante producción, y por otro, productores pobres, famélicos y sometidos á todas las miserias. El descontento aparecería al punto; el espíritu de rebeldía ganaría terreno, como en nuestros días, y el género humano—ó al menos la forma social adoptada por él—correría á su perdición por un camino diametralmente opuesto al precedente.

Queda, pues, demostrado que las naciones deben constituir fondos de reserva sin tras pasar una medida prudencial.

Y esto es lo que han hecho en todas las épocas.

En el antiguo Egipto se encargaba el Estado de constituir sus provisiones bajo la forma de graneros de abundancia, ó especies de tesoros destinados á resistir los años de cosechas insuficientes y en los cuales se encontraban también los necesarios recursos para las guerras y trabajos públicos.

Hoy los fondos de reserva se constituyen inconscientemente por medio de los capitales aislados, y están más ó menos esparcidos según la mayor ó menor concentración del capital. Suelen acumularse en los Bancos que, aun sin reforma, permiten apreciar su aumento y disminución; y el curso de las bolsas, como los fenómenos del cambio, son los procedimientos naturales, automáticos, por los cuales en nuestra sociedad burguesa aprecia el capitalista cuando debe reservar su fortuna ó cuando le conviene dar mayor vuelo á su distribución.

Pero en todo caso, y en grado mayor ó menor, según el instante oportuno, un fondo de resistencia es siempre indispensable.

IV

Es casi imposible evaluar actualmente la reserva total del capital de un pueblo. Los bancos son especies de *reservómetros* que indican si ésta aumenta ó disminuye. Pero, así como el termómetro, al indicarnos la temperatura, no nos da la medida de las calorías en potencia de la atmósfera, los bancos no nos permiten conocer el valor total de los fondos de resistencia—nos sería imposible realizar una evaluación aproximada.

El problema es, en efecto, de los más complejos.

Ignoramos lo que invierten en sus necesidades ó en sus placeres los capitalistas que alcanzan éxito en sus empresas. Varía esto en proporciones enormes de un hombre á otro, y en el estado de nuestros conocimientos, este punto de la estadística no puede ser reducido á cifras.

Y aunque lo fuera, no adelantáramos con ello gran cosa: necesitaríamos circunstanciar las tentativas comerciales ó industriales que fracasan y los capitales que arrastran tales fracasos, y al mismo tiempo registrar las empresas que llegan á feliz término y las riquezas cuya creación y desarrollo determinan.

Si la parte de producción capitalizada por las industrias y comercios prósperos era inferior á los perjuicios ocasionados por las empresas infructuosas, la sociedad se empobrece en vez de enriquecerse.

Marcharía también á su ruina, aunque no tan rápidamente, si hubiese igualdad perfecta entre las sumas destruidas y las reservadas, porque nada quedaría para adquisición de útiles, y menos aún, si nos es permitido descender bajo cosa fuera de la teoría, para el desarrollo de la producción. Aunque fuesen entonces contrarias las apariencias y desiguales ó no los consumos, el producto del trabajo sería en absoluto distribuido y agotado.

Estas leyes serán eternamente verdaderas. En plena anarquía, como en los tiempos actuales, habrá malas cosechas que aniquilen semillas y trabajo, productos industriales mal elaborados y calamidades de toda especie, que los hombres tratarán de restringir sin que consigan nunca extirparlas en absoluto.

Importará mañana tanto como hoy—es condición de existencia de toda sociedad laboriosa—que la cifra de las economías realizadas por los industriales que prosperen sea superior á la de las pérdidas sufridas por cuantos fracasan ó se arruinan. El exceso de la primera de estas cifras sobre la segunda constituye el fondo de resistencia social.

Ahora bien; incapaces de evaluar las economías realizadas por los unos é ineptos para conocer las pérdidas de los otros, carecemos en absoluto de datos para resolver la ecuación.

Sólo podemos afirmar que la diferencia entre los aumentos y disminuciones de los capitales es de cifra positiva, puesto que la sociedad se enriquece.

Y este enriquecimiento no puede ponerse en duda porque, aparte del ingreso crecien-

te de los bancos, que es ya una demostración palmaria, la situación material del obrero se mejora, Kropotkine lo confiesa; y los empréstitos de los estados, de las ciudades y de las grandes compañías encuentran infinitamente más capitales de cuantos se necesitan para inscribirlos, hasta el punto que cada día se reduce más la parte correspondiente á cada suscriptor.

La existencia de un capital de reserva social es un hecho cierto, innegable, aunque ignoremos de cuántos millones se compone, y Kropotkine lo proclama en su libro *Palabras de un rebelde*, expresándose en estos terminos:

«Este hecho tan sencillo, que se resume en dos palabras: «es imposible la agricultura sin fondos de resistencia», contiene una gran enseñanza en que los *nacionalizadores del suelo* debieran reflexionar».

.....

.....

«La tierra exige muchos cuidados. Para obtener 29 hectolitros de trigo por hectárea, como en Norfolk, y hasta 36 y 42 hectolitros, es preciso limpiar de piedras, aligerar y profundizar el suelo; es preciso cambiar el pico por el azadón; es necesario comprar abonos y mantener caminos. También se impone ir preparando los terrenos incultos para hacer frente á las necesidades de una población en aumento.»

V

Y ahora se plantea la cuestión.

Este fondo de resistencia social que existe incontestablemente en nuestra época y que existirá mañana si la nueva sociedad no quiere perecer, ¿es acaso, actualmente, excesiva? ¿Sería interesante elevar la proporción de los beneficios sociales distribuidos?

¿Es estrictamente conforme á las necesidades y conviene conservarla sin modificación?

¿Sería, por el contrario, útil aumentarla?

He aquí el punto culminante de toda discusión sociológica. La desigualdad del consumo (ya hemos insistido en esto anteriormente) dista mucho de presentar la importancia que le atribuye la fantasía de las masas. Suprimida por el comunista, no bastaría á establecer la nivelación, y sin un prodigioso aumento de la producción, solamente por la disminución de los capitales de reserva podría mejorarse la suerte del trabajador.

Que estos capitales de reserva sean demasiado escasos y que fuera oportuno el aumentarlos, es una hipótesis admitida para formar un juicio completo, pero en la cual no debemos detenernos.

Es regla de toda industria que los beneficios reservados sean en su principio muy considerables, pero que, sin que lleguen nunca á desaparecer, la proporción disminuya con el tiempo. A medida que una industria se consolida, aumenta la parte de su producto que se distribuye.

El poder económico de nuestras sociedades aumenta sin cesar; su riqueza, acumulada, crece de día en día; la importancia de las empresas es hoy enorme, contándose por miles de millones, cuando hace un siglo se evaluaba sólo por millones y hace algunos siglos sólo por centenas de miles de francos.

Y en esto encontramos una prueba irrefutable, aunque no podamos presentar ni la contabilidad del género humano ni siquiera la de una nación determinada para demostrar que la humanidad se encuentra en una fase ascendente y que, por consecuencia, las reservas actuales son al menos suficientes.

¿Pero serán tal vez excesivas y acaso convendrá restringirlas, sin que padezca por ello

la producción? Todo nos induce á suponerlo. Fuerza es, sin embargo, para pronunciarse en un sentido ó en otro, examinar otra cuestión que se relaciona con ésta íntimamente y cuya importancia es menor desde el punto de vista del socialismo.

VI

¿Puede acaso substituir la acción colectiva de la sociedad en la producción á la acción individual que ejerce el interés privado? ¿Y suponiendo que no pueda en nuestros días, es presumible que llegue á poder en lo futuro?

Los socialistas libertarios son abiertamente afirmativos en este punto. Profesan con Carlos Fourier la opinión de que el trabajo será un atractivo para el trabajador cuando deje de ser tan prolongado y abusivo como en la industria contemporánea; creen que este atractivo bastará por sí mismo, sin que necesite ser reforzado por el deseo de ganancia ó cualquier otro estímulo exterior.

«En cuanto á los descubrimientos—dice Kropotkine,—es preciso no haber leído nunca la biografía de los inventores ni conocido á ninguno de ellos para suponer que les impulse en sus trabajos el asán del miedo y de la ganancia. La mayor parte de ellos han muerto en la miseria, y todos sabemos cómo el capital y la propiedad privada retardaron siempre la realización y mejora de todas las innovaciones.»

Se podría objetar que ciertos inventores, aunque hayan muerto en la miseria, esperaron no morir en ella; que trabajaron en la esperanza de un beneficio, y que si han visto desvanecidas sus esperanzas después de haber enriquecido á sus semejantes con el fruto de su genio, estas mismas esperanzas han contribuido en mucho á que realizaran sus propósitos.

Es, sin embargo, bastante plausible que, cuando se trata de los verdaderos genios poseídos por el demonio de la ciencia, el atractivo de la ganancia sea inútil. Lavoisier, Wurtz, Pasteur, no buscaban la riqueza cuando se entregaban á sus gloriosas, penosas y frecuentemente costosas empresas. Gehrardt ha probado por su ejemplo—así como Scheele el siglo pasado—que un verdadero sabio puede aportar á la ciencia una contribución incalculable á despecho de la pobreza, de la adversidad, de la malquerencia de sus conciudadanos y aun de la falta de útiles de trabajo.

Fourier y los anárquistas parece que en este punto están en lo cierto. Mas no hablamos en este momento, conviene no olvidarlo, de esos sabios excepcionales á quienes anima una curiosidad científica superior á todos los demás instintos.

La teoría estará conforme con la experiencia cuando se trate de esos investigadores modestos cuyos trabajos se aplican á cosas pequeñas y concretas, pero que, acumulados, adquieren verdadera importancia, ó de aquellos que nada han descubierto ni nada han investigado, pero que *intensifican* su trabajo y por un esfuerzo grande determinan mayor producción.

M. Joseph Sarrante ha estudiado prolijamente este problema y no cree que en el grado de evolución humana á que hemos llegado pueda reemplazarse el estímulo del interés individual por ningún otro estímulo. Y duda que á esto se llegue en lo futuro.

Yo también he meditado con detención sobre este asunto, y la sinceridad me obliga á confesar francamente que no puedo aún decidirme en contra. Me inclino, sin embargo, á una opinión opuesta á la de M. Sarrante.

El trabajo productivo, cuando sea de corta duración, realizado por asociaciones fraternales llegadas al más alto grado de cultura, ¿adquirirá el atractivo que tienen hoy cier-

tos juegos, como el foot-ball, el lawn-tennis, el croquet, el rawing ó shvoting? No me atreveré á afirmarlo, aunque *a priori*, la cosa no me parece del todo imposible.

A veces he pensado que un baile dado sobre un suelo móvil donde, sin saberlo los danzarines, pusiesen en movimiento una máquina, podría realizar aun en nuestros días un trabajo divertido.

Pero, ¿desaparecería el atractivo en el momento en que los hombres, entregados á un juego fatigoso, conocieran la utilidad de su esfuerzo? Es posible, pero nada es menos probable, y como sembrar un campo, agavillar las mieses, conducir las máquinas no es más penoso ni menos intelectual que lanzar pelotas al aire para recibirlas en la raqueta, aventuraríamos una afirmación poco científica reputando quimérico el trabajo ameno.

Pero nos apartamos del método científico cuando le declaramos completamente realizable. No hay hasta aquí más que una simple hipótesis y de ella no podemos desprender enseñanza alguna que aclare la cuestión tan poderosamente combatida por M. Sarrante.

Además del trabajo atractivo, existen otros datos que pueden ayudarnos á resolver el problema.

Toda materia presenta diferentes aspectos, y nos expondríamos á los más groseros errores limitando la atención á uno solo ó á un pequeño número de ellos.

Que el interés individual sea un poderoso estimulante, cosa es que nadie se atreverá á negar.

(Continuará.)

Alfredo Naquet.

Las ideas avanzadas en Egipto.

Egipto ha sido el país de las sorpresas. En la misma historia antigua egipcia los diversos gobiernos han aparecido improvisados, si se exceptúa el período de las dinastías, que tuvo un desenvolvimiento continuo y homogéneo. Pero en este breve estudio no nos proponemos rehacer la historia egipcia, la cual, por lo demás, ha tenido grandes cultivadores en Egipto, en hombres ilustres y competéntísimos, como Mariette y otros menos importantes. Entendemos, por el momento, ocuparnos en el movimiento clásicamente—permitáseme la palabra—revolucionario de ese país.

En él nos encontramos con no pocos hombres de ideas muy avanzadas. En tiempos de Ismail pachá, principalmente, manifestáronse en Egipto personas significadísimas en el mundo de las ideas avanzadas. En 1882, cuando Arabi pachá realizó actos que en seguida fueron comunmente considerados como los de un traidor (mientras que para nosotros no eran y no son sino las consecuencias de la autonomía política querida por los últimos conquistadores); hubo un grupo de individuos pertenecientes casi todos á la Internacional, el cual se aprovechó de los célebres acontecimientos para provocar en cierto modo la rebelión contra la autoridad. Muchos de aquellos individuos que fueron los autores de un movimiento verdaderamente revolucionario, que tendía á quebrantar instituciones entonces vigentes, han desaparecido; pero algunos están vivos todavía y moran en Egipto. Estos podrían servirse, cuando quisieran, con mucho gusto nuestro de nuestra Revista, para demostrar que ya desde entonces existía en el suelo de Cleopatra quien daba que pensar á los directores de la cosa pública egipcia. Ellos harían ver también cómo, después que Inglaterra hubo realizado su papel de tercero en discordia, el elemen-

to revolucionario, aun cuando tuviese sentimientos vagos y propósitos indeterminados, permaneció en cierto modo, si no activo, por lo menos bastante vivo.

Está observado que la revolución no se limita á ella misma, y que tiene siempre y constantemente un fin político. En nuestro caso hay que añadir que el elemento revolucionario se refugió en Egipto por diversas razones, una de las cuales era la persecución sufrida en los Estados de Europa, sin que tuviera propiamente un fin político, si por esto se entiende el conjunto de intereses comunes á los habitantes de un Estado. Estos revolucionarios tenían un fin político social, porque sin mirar á los intereses del Estado, miraban á los de las masas. Ahora bien, en éstas se pueden perfectamente comprender la clase explotada y la clase explotadora, porque sabido es que una revolución social—como hemos tenido ocasión de demostrar en varios periódicos, entre otros en *El Obrero*, y como demostraremos más ampliamente en esta Revista en otra ocasión—no tiende más que al bienestar de todos. Cierta es que algún socialista de la escuela de Turati podría argumentarme con la lucha de clases, pero yo podría responderle con las palabras de otros socialistas como Ferri y Arturo Labriola, y probarle que la misma lucha de clases no contiene el germen del odio del hombre contra el hombre.

Pero veo que me alejo del asunto y pido excusa. Volvamos á tomar el hilo del discurso y preguntémos: ¿Los revolucionarios de 1882, aquellos que vivieron después y los que hoy hay, qué son en realidad? ¿Son republicanos, socialistas ó anarquistas?

De republicanos ni siquiera hay que hablar, porque siendo europeos todos esos individuos, no tenían ningún interés en propagar aquí, aun platónicamente, las ideas republicanas. En cuanto á socialistas, la cosa es más dudosa, porque desde que Carlos Marx y Bakounine se declararon la guerra en el Congreso celebrado en Suiza en 1871, nació una cierta confusión sobre el significado que hasta entonces se daba á la palabra *Socialismo*.

Por el motivo de que mientras Bakounine explicaba que el fin último del socialismo es no sólo la abolición de la propiedad, sino también la de la autoridad, para substituir á una y otra un ordenamiento económico-político basado sobre la libre inteligencia de los hombres entre sí, Carlos Marx, aunque no declarándose—digan lo que digan los socialistas legalitarios—, contrario á la revolución, se afirmaba, sobre todo, sobre el valor de la acción económica, como lo ha hecho en su enorme obra *El Capital*, que la mayor parte de los mismos socialistas no han leído, obra pesadísima para los cerebros poco dispuestos á hacer esfuerzos; obra en la cual Carlos Marx, partiendo de la teoría del *más-valor*, probaba artificiosamente, pero de modo elocuente y convincente, que siendo imposible establecer el precio del trabajo, porque el que trabaja no tiene nunca todo lo que le corresponde en realidad, no es posible ni pensar siquiera que los fundamentos de la sociedad actual estén implantados en un terreno de justicia. Marx se detenía en esto; Bakounine, como hemos dicho, iba más adelante.

Estas ideas, sin embargo, eran malamente interpretadas por los revolucionarios de aquel tiempo; añadiremos también que no las comprendían más que los intelectuales. Los revolucionarios llegados á Egipto—hecha alguna excepción—eran gente de buen corazón, pero impulsiva más que otra cosa; por lo que en este punto se puede deducir que lo mismo podían ser secuaces de Marx que de Bakounine, tanto más si se considera, como bien lo han demostrado Tcherchesoff en nuestras publicaciones, y Aquiles Loria en las Revistas burguesas de Italia, que Marx y Bakounine, con sus respectivas teorías, no hicieron más que sembrar entre los hombres el sentimiento de la rebelión contra los explotadores y los opresores.

Pero los socialistas y los anarquistas, que podían confundirse en Egipto en los prime-

ros tiempos de su aparición, no lo podían más adelante, porque después las ideas comenzaron á perder lo que tenían de indefinido, hasta que, poco á poco, se encontraron un día netamente distintas y bien delineadas. Entonces, seguimos hablando de Egipto, se vió claramente que si en el movimiento de 1882 se habían mostrado los socialistas marxistas, no quedaba ya ninguno de éstos, después de aquel movimiento; ó, que si quedaba alguno, era, y tal vez sigue siéndolo, un solitario.

En cambio los que permanecieron y permanecen en la brecha fueron los secuaces de la escuela de Bakounine, esto es, los anarquistas. Han sido los anarquistas los que han mantenido siempre viva la lucha contra la burguesía. En toda ocasión, y hasta sin ocasión, los anarquistas de Egipto han demostrado toda su vitalidad, especialmente en los últimos tiempos. No ha habido en Egipto partidarios de una idea que hayan hecho más que los anarquistas todo lo posible para propagarla. Pero se podrá decir tal vez que allí están los *Hermanos* que han hecho más; pero los *Hermanos* siguen un camino fácil, y este camino lo exploraremos otro día; mientras que los anarquistas han tenido y tienen siempre ante ellos un trabajo difícil, penoso y peligroso. Es una lucha de todos los días, de todas las horas, de todos los minutos, lucha de la cual el que no es fuerte y ama los placeres de la vida se retira pronto. Podría traer aquí citas, podría contar hechos y nombrar personas para indicar las diversas fases del anarquismo egipcio; pero es cosa que nos llevaría demasiado lejos. Bastaría solamente recordar el proceso de los anarquistas de esta ciudad, de Alejandría, de Egipto digo: proceso que si de una parte descubrió las insidias de los sujetos vendidos y la podredumbre de las leyes italianas, reveló también cuánta fuerza de abnegación y cuánto valor emplean los anarquistas en la difusión y sostenimiento de sus principios.

Debemos, pues, reconocer que en Egipto las únicas ideas avanzadas que se profesan son las que se refieren al anarquismo. Si se reflexiona además que los anarquistas con su perseverancia, con la fuerza que les da la profunda persuasión en la bondad de sus doctrinas, han conseguido suscitar innumerables simpatías en la burguesía inteligente y entre todos los intelectuales, especialmente en Alejandría, tendremos razón al creer mayormente en la seriedad de su trabajo de propaganda, y, por consiguiente, en la justicia y en lo práctico de sus teorías. Esta es la verdad.

Ultimamente, sin embargo, las pocas visibles huellas dejadas aquí por los socialistas, de los que más arriba hemos hablado, parece que produjeron algún buen fruto. Nos apresuramos á declarar que no nos desagrada el hecho. Nos place, por el contrario, ver que todas las ideas modernas se manifiestan también aquí, porque nos congratulamos cuando nos encontramos con gentes que gustan de discutir con nosotros. Sabemos muy bien que quien no discute, ó es indiferente ó es ignorante. Tanto del uno como del otro, nada hay que esperar para el triunfo de un principio. Ahora bien, sabemos que los socialistas desean y buscan la discusión. Así, pues, enviamos nuestro saludo á los socialistas egipcios.

Sin embargo, comenzando desde luego con una invitación á la discusión, debemos expresar acerca de ellos nuestro franco parecer, y esto brevemente.

Helo aquí: Nosotros creemos que el socialismo en Egipto no tiene verdaderos prosélitos, sino enamorados. Se puede estar enamorado de una idea como de una mujer. Pero al vez si siquiera se trate de esto. Nos parece que la tendencia al socialismo en Egipto—porque no se puede negar que por el momento no se trata más que de una simple tendencia—no se habría manifestado si antes los anarquistas no hubiesen probado valientemente que también aquí es posible propagar ideas avanzadas. De otro modo no se expli-

caría cómo, mientras en otras partes los socialistas han tiempo que han hecho su animosa aparición, aquí se comienza á hablar de ellos solamente ahora. Y en cambio observo que de los anarquistas se habla desde hace más tiempo.

Hemos tenido ocasión de hablar con alguno de esos socialistas, y somos de parecer que, al querer hacer aquí propaganda socialista, se encuentran desilusionados, porque el socialismo, como es entendido hoy en Europa, no encuentra aquí terreno adecuado, por la forma absolutamente particular del gobierno kedivial, por las condiciones especiales de este país, donde la diversidad de razas, de nacionalidades, de lengua, de religión, impiden la formación de un partido disciplinado con reglamentos y programas, los cuales quieren conquistar los poderes públicos por medio del procedimiento electoral. De esto no se podrá tener nunca idea en Egipto. Así la propaganda del socialismo legal será en Egipto perfectamente estéril é inútil. Pero de esto hablaremos más largamente otra vez, si los socialistas egipcios lo desean.

Por ahora es necesario terminar este articulo. Y concluiremos con cuatro palabras. Desde el momento que los anarquistas solos han logrado saber iniciar y extender la propaganda de sus principios, no se puede negar que tengan en esta obra un mérito real. Ellos fueron los primeros en sostener aquí ideas avanzadas, ellos han continuado y continúan todavía sosteniéndolas. ¿Conseguirán un resultado? Esto ya se verá. Lo cierto que son los únicos que, incansables, no pierden alientos en esta obra.

(De Lurr).

CRÓNICA CIENTÍFICA

Teoría eléctrica de los temblores de tierra y de las erupciones volcánicas: opinión de un sabio ruso.—La vacuna obligatoria.—A la conquista del aire: nueva máquina volante de M. Holland.—Descubrimiento de reliquias prehistóricas en Cornouailles.

Momentos antes de la destrucción de Sampedro por la erupción de la Montaña Pelada se interrumpieron las operaciones telegráficas entre Sampedro y Fort-de-France por el paso de una corriente terrestre en los hilos, fenómeno observado también en Nice ocasión del terremoto de 27 de Febrero de 1887. y nadie niega que se produzcan manifestaciones eléctricas acompañando generalmente á los temblores de tierra.

A este propósito, ciertos geólogos opinan que las convulsiones de la tierra se producen por sacudidas subterráneas de origen eléctrico, debidas á descargas producidas entre dos capas de strata, que es buen conductor, separadas por otra capa de conductibilidad mediana, como el granito ó el sílice, los cuales producirán grandes cantidades de gas y de vapores, resultando de sus tempestades internas que la expansión consiguiente obre radialmente hacia la superficie donde la resistencia es menor.

En algunos casos se ha descubierto que el centro de la conmoción distaba poco de la superficie, como en la erupción del Ararat, en que se abrió la tierra en diversos puntos, saliendo piedras, barro y vapor por las hendiduras. En otros sitios los gases salidos al exterior produjeron intensas nieblas y el aire se llenó de ozono, prueba evidente de que se habían producido descargas eléctricas, lo que se comprobó especialmente en el último terremoto verificado en Calabria.

El profesor Piloudski, famoso electricista ruso que ha estudiado profundamente el asunto en estos últimos tiempos, piensa que además de las fuertes conmociones que se observan en la superficie en forma de temblores de tierra ó de erupción volcánica, se

producen continuamente descargas relativamente más débiles, y llama la atención de los investigadores científicos sobre estos fenómenos que pueden estudiarse especialmente en las minas del Cáucaso y del Transvaal donde existen stratas de arraigo profundo que llegan á la superficie.

Estas investigaciones permitirán precisar la teoría, confusa aún, de las sacudidas subterráneas.



Con motivo del proyecto de ley para imponer en Bélgica la vacuna obligatoria se ha producido en aquel país un movimiento antivacunista análogo al producido hace pocos años en Inglaterra y que dió lugar á la adopción de un *Act* por la Cámara de los Comunes, permitiendo la exención de la regla á los niños cuyos padres lo pidiesen oportunamente.

A la cabeza del movimiento de protesta se halla la revista bruselesa *Le Médecin*, entre cuyos colaboradores se cuenta el doctor brasileño Bragueira, quien en un interesante estudio combate la base fundamental de la vacuna, consistente en creer en la inmunidad que adquiere para la viruela el que la ha padecido una vez. Entre las citas en apoyo de su tesis está la de M. Kapori, profesor de dermatología en la Universidad de Viena, que ha tratado más de 4.000 variolosos, quien afirma que una viruela anterior es un mal presagio para el pronóstico, porque ha visto muchas veces que individuos que tenían cicatrices de una viruela antigua han muerto al segundo ó tercero ataque de la misma enfermedad. «He visto, dice en una de sus obras el citado profesor, algunos casos de segunda y tercera viruela, y en ellos ser los sujetos más gravemente amenazados que en los anteriores.»

El Dr. Bouquet, exdirector del servicio de vacunación de la Academia de Medicina de París, autor de un tratado sobre la vacuna, dice: «La viruela confluyente no garantiza contra la recidiva más que la discreta, ni ésta más que la inoculada.»

Los testimonios análogos son imposibles de extractar por la inmensidad de su número, por lo que nos limitamos á citar al Dr. Coste, quien observó ampliamente la viruela en Marsella, de 1886 á 1896, y presentó una Memoria muy concienzuda en que, entre muchos casos de recidiva, cita el de un individuo que murió al *séptimo* ataque de viruela.

Y aun continúa la vacuna sustentada sobre la supuesta no existencia de las recidivas peligrosas.



M. Holland, inventor del torpedo submarino adoptado en Inglaterra y Estados Unidos, anuncia su creencia firme de que antes de diez años se habrá resuelto prácticamente el problema de la navegación aérea. Opina que los aerostatos que emplean un gas menos pesado que el aire, prometen poco á causa de sus dimensiones enormes y escasa solidez, habiendo ido Santos-Dumont tan lejos en esa vía como era posible. El porvenir será de los aparatos con aeroplanos y hélice: movidos por motores poderosos y ligeros á la vez, algo semejante al *Albatros* de Julia Verne; esos serán los grandes agentes de transporte aéreo para los futuros viajeros y mercancías.

Sostiene además que la máquina volante, que volará como el pájaro, será pronto una realidad en razón de su misma sencillez.

El mismo M. Holland, constructor de tres máquinas voladoras ya abandonadas, pero de cuyo trabajo ha sacado importantes enseñanzas, ha comenzado la construcción de la cuarta, que dispondrá de dos alas inmensas horizontales y una tercera vertical colocada

detrás á modo de timón y cuyo mecanismo se moverá por pedales y una manivela, siendo suficiente la fuerza muscular del ocupante para desarrollar una velocidad de 50 á 60 kilómetros por hora. «Las alas de un pajar, dice, constituyen el propulsor más perfecto que existe; es un hélice que vibra en lugar de voltear y tiene la ventaja de utilizar toda la fuerza empleada, menos una pequeña cantidad perdida por fricción, en vez de 45 por 100 que se utilizan en los casos de hélices voltantes.»

Sea cual fuere el éxito de M. Holland, y le deseamos tan favorable como él mismo espera, rechazamos la necia suposición de los que creen que el estudio de ciertas invenciones es tarea de desequilibrados, y reconocemos que el propósito de M. Holland es una posibilidad científica.

*
*
*

En Harlyn Bay, Cornouailles, se han descubierto osamentas humanas perteneciente una raza prehistórica desconocida. Un número considerable de sarcófagos, formados con cuatro placas de pizarra, ha sido hallado en las excavaciones practicadas por varias Sociedades, que emprendieron la obra en cuanto tuvieron noticia de los primeros descubrimientos.

Los restos humanos á cuyo lado había armas y utensilios de la época neolítica, pertenecen á una raza cuya talla era menor que la de las actuales: el término medio obtenido por la mensuración de centenares de esqueletos es de 1 m. 54 para los hombres y de 1 m. 50 para las mujeres. En cambio los cráneos tienen todas dimensiones anormales, con un índice craneal de 70,00 á 82,22 para los varones, y de 73,41 á 76,70 para las hembras.

Aquel cementerio, que tenía como fondo una capa de arena y por cubierta una capa de tierra vegetal de 5 metros de espesor, sirvió, sin duda alguna, á poblaciones muy anteriores á la época que asigna la Biblia á la aparición del hombre sobre la tierra, lo que es sensible por el desprestigio que eso ha de reportar á la sabiduría del llamado Espritu Santo, inspirador del Génesis, y también porque debilita un poco la creencia en los seis mil años que, con permiso del ordinario, asigna el P. Petavio á la creación del mundo.

*
*
*

En el momento de cerrar esta crónica el *Daily Express* dice saber de origen seguro que los doctores Murray y Bashford han hecho un descubrimiento médico sensacional se trata del descubrimiento y consiguiente remedio de la causa del cáncer.

Carrida del Mármol.

Continuación de lo mismo.

Es cierto que ha ocurrido en algunos casos el cambio de ideas á determinadas personas; pero esto, aun cuando parece cosa de milagro, como lo dirían así los que militan en el campo de las teorías ó creencias espiritualistas, no le damos ninguna importancia los que defendemos las correspondientes al materialismo, pues sabemos que no vienen á ser más que casos de neurosis ó perturbación del sistema cerebro-espinal, y sobre todo, y lo que tiene á mi ver más importancia, es, según lo manifiesta el Sr. Zamacois en su pequeño tratado del histerismo, quien dice que nuestro cerebro podemos considerarlo como constituido ó formado por una serie de capas, y que las ideas se van asimilando á éstas á medida que crece el individuo, de modo y manera, y á juzgar por esto, resulta que las aprendidas allá por nuestra niñez se hallan encerradas en las primeras capas, ó sea en la

centrales, y, por lo tanto, encuéntranse como aprisionadas por las restantes, y les es sumamente difícil, por no decir casi imposible, su salida al exterior, siendo ésta, entre otras razones, el por qué de esos supuestos cambios de ideas á los cuales he aludido ó hecho mención al principio del párrafo.

Además, una vez inculcadas las doctrinas místicas ó espiritualistas al elemento juvenil, de tal modo se arraigan éstas en su mente, que cuesta lo imposible el desembarazarse de las mismas, y un ejemplo de ello ha acontecido conmigo, pues á fuerza de luchar interiormente entre lo que hube aprendido en mi niñez y los primeros años de mi juventud, y lo que después llegué á saber ó conocer por los estudios verificados en mi carrera de Farmacia, con la Ciencia química, y más que nada por mis aficiones al estudio de las Ciencias naturales, y en éstas, con las teorías de Lavoisier, Spencer, Moleschott, Buchner, Hæckel, Darwin, etc., y los que he citado en mi anterior artículo del día 1.º de Junio; teorías concluyentes, las cuales demuestran de una manera categórica la indestructibilidad de la materia, ó lo que es lo mismo, la eternidad de la misma, y también con el estudio de algunas de las obras del ilustre astrónomo francés Flammarion, á pesar de que hoy existen algunas personas que le tienen por espiritista, sin duda por haber llevado á cabo ó ejecutado experimentos con los veladores ó mesas giratorias, cuyos experimentos (ya lo dije en mi artículo de la Hiperfísica y la Física), son efecto simplemente del dinamismo, ó sea la fuerza ó poder electromagnético de que se hallan poseídos en más ó menos grado ó cantidad todos los cuerpos.

Pues debido á estos experimentos y á que en sus libros ó escritos, saturados de una poesía extraordinariamente halagadora, encantadora ó sugestiva, modo ó manera por la cual hace que sus trabajos sean leídos con interés y con sumo agrado; pero que en el fondo tienen ó poseen una doctrina puramente materialista, para lo cual apelo á una de sus más hermosas obras, como lo es la titulada *Dios en la Naturaleza*, en el libro II, capítulo I, que trata de la circulación de la materia, en el cual hay un párrafo concebido en los siguientes términos: «La vida universal toda entera no es más que un inmenso cambio de materias. Físicamente nada nos pertenece en propiedad. Todos los seres se hallan constituidos de las mismas moléculas, que pasan sucesiva é indiferentemente de uno á otro, de manera que á ningún ser le pertenece su cuerpo en propiedad. Nuestro cuerpo se re-nueva de esta manera, y después de cierto tiempo no poseemos ya un solo gramo del cuerpo material que poseíamos antes, que se ha renovado enteramente.»

Si esto pertenece á las doctrinas espiritistas, resulta que mi inteligencia se halla por completo ofuscada, ó se halla embebida de tal modo en las teorías del materialismo, por cuya razón tergiversa las unas con las otras; pero apelo al testimonio de algunos de los ilustrados lectores de esta Revista para que examinen, conforme á su sano y elevado criterio, los párrafos arriba escritos, y si me achacan ó me indican el año en que escribió la obra ya citada, y fué éste el de 1867, les propongo asimismo este otro párrafo, publicado en *Le Temps* el 24 de Abril pasado, en un artículo acerca del lugar que debe ocupar nuestro planeta en el universo, y es el siguiente: «No pierdo de vista en nuestro espíritu que el espacio es infinito, que no hay en la inmensidad ni alto, ni bajo, ni izquierda, ni derecha, y en el tiempo ni principio ni fin».

Esto, como puede comprenderse, sin más que reflexionar un poco, no es más que la demostración de una manera categórica de la eternidad de la materia, ó sea que todo cuanto vemos, cuanto observamos, cuanto alcanza ó puede alcanzar nuestra inteligencia, no es debido á otra cosa que á las propiedades, á los caracteres, á los modos diversos de obrar de los seres, cuyo conjunto constituye nuestra madre Natura.

Además, puesto que nos alimentamos de partes, productos ó sustancias extraídas de cualquiera de los seres correspondientes á los llamados tres reinos de la Naturaleza, es porque en éstos se encuentran los mismos productos que por medio de la investigación ó del análisis de la Química hallamos en nuestro organismo, aun cuando en la apariencia ó á nuestra *vista material* se nos aparezca distinto, puesto que debemos mirar con la *vista intelectual*, y desechando, por consiguiente, las preocupaciones, las supersticiones nacidas de una educación más ó menos viciosa, basada en un falso criterio tradicionalista ó rutinario, el peor mal de todos los males que achacar pueden á la vida intelectual, pues ésta no tiene ni debe tener otro freno que la razón y el sentido común, sin fijarse en aquella máxima de *magister discit*, y examinando, por lo tanto, todo cuanto procede del intelecto humano, sea quien fuere el autor que la propusiere, por no ser doctrina infalible nada procedente de él.

Pues, como decía, al proporcionarnos los alimentos de los seres procedentes de los tres reinos de la Naturaleza, nos da esto á entender el que nuestra economía se halla constituida por los mismos elementos, principios inmediatos ó cuerpos simples que los que forman estos mismos elementos, puesto que sirven para la reparación de las pérdidas sufridas en el organismo por las secreciones y excreciones verificadas en ellos, y en cuyas secreciones encuéntranse también los cuerpos ó sustancias que ocupan un lugar determinado en las diversas vísceras de la economía humana, y todo esto, al contrario de lo que sucede ó acontece en los asuntos teológicos ó religiosos, los cuales nada prueban, y solamente la base en que se apoyan es en una fe ciega sobre cuestiones de orden milagroso ó sobrenatural, en los otros, al contrario, se puede demostrar con la práctica, sancionada por la experiencia, en los gabinetes ó laboratorios de Química, pero de una manera irrefutable y que no admite duda de ningún género; pues únicamente serán capaces de negar las personas completamente miopes ó cortas de vista, pero de la vista á que ya me he referido más arriba, la *vista intelectual*, por tener su cerebro revestido de una coraza ó armazón más ó menos calloso ó, lo que es peor todavía, de substancia pétreo, dando la razón, como en determinadas ocasiones lo han hecho conmigo, al contestarme á los argumentos que les ponía en mi favor, que ellos de ninguna manera rechazaban las máximas, las enseñanzas, las doctrinas aprendidas en su niñez y principios de su juventud, pues que con dichas ideas vivían contentos y felices y no querían pensar en si eran buenas ó malas; ¡donosa y graciosa contestación!

Pero ahora que observo me desvío algún tanto de lo que pensaba decir, cuando empezaba mi artículo, manifestando el que suceden casos de conversión de algunas personas, de las que se titulan de ideas avanzadas, y éstas en llegando la muerte ó teniendo á ésta en perspectiva abjuran de las mismas, haciéndose forzosamente religiosas, como cita un caso *La Gaceta del Norte* del 12 de Mayo del corriente año, del caracterizado anarquista José Chicharro Ramírez (1), de oficio peluquero, y á esto contesto que no me cho-ca, ni me llama en nada la atención, por cuanto á este individuo le habrá pasado lo que á otros muchos, se llegaría á empapar en algunos libros, Revistas ó periódicos de los muchos que corren por esos mundos, no los habrá digerido bien, le resultaría un maremagnum espantoso ó una especie de grillera su cerebro, por carecer de base de sustentación la instrucción adquirida, sin preceptos ni nadie que le guiese en sus estudios (sería muy, *leído y escrito*); pero yo reto, á cualquiera de esos que tanto cacarean, de ser ciertas las

(1) La conversión del compañero Chicharro fué un fenómeno de la prensa una.

doctrinas teológicas, dogmáticas ó religiosas, vayan á discutir con las grandes lumbreras del materialismo, ó solamente que estudien sus obras. Además que deban tener en cuenta la existencia de algunas enfermedades que tienen la propiedad de abatir el ánimo y debilitar el cerebro, otras destruyen el cuerpo sin turbar la razón. Como quiera que sea, un incrédulo que se retracta en su enfermedad no es más raro ni más extraordinario que un devoto que se permite despreciar en plena salud los deberes que su religión le prescribe, como pudiera citar de muchos conocidos míos, quienes en ocasiones blasonan de muy puritanos, y en otras se burlan de los que se llaman los más sagrados preceptos religiosos, pero siempre y cuando sean éstos más ó menos atacados por los incrédulos.

Cleómenes, rey de Esparta, habiendo tenido poco respeto á los dioses durante el curso de su reinado, se hizo supersticioso al fin de sus días; con la mira de interesar al cielo en su favor, hizo ir cerca de su persona multitud de sacerdotes y sacrificadores. Habiendo un amigo suyo mostrado su sorpresa, *¿de qué os admiráis?*—*le dijo Cleómenes, va no soy el que era, y, no siendo el mismo, no puedo pensar del mismo modo.*

Volviendo á la cuestión de los alimentos, debo manifestar que éstos se hallan constituidos por los mismos cuerpos que mediante el análisis se encuentran en la economía humana, y si no, no tenemos más que tomar una obra de Química Biológica, y ésta nos enseñará que en la sangre se halla en no pequeña proporción el metal hierro, aun cuando no en este estado atómico ó molecular de metal ó cuerpo simple, sí en el estado de óxido, pues el color rojo de dicho líquido es debido al tal óxido, siendo indispensable para el sostenimiento de la vida, cuyo óxido nos proporcionamos del plasma, ó sea la parte líquida de la sangre, que se halla en el tejido muscular de los mamíferos y aves que usamos en nuestra alimentación.

Se hallan también igualmente en esta substancia fosfatos alcalinos y térreos, sulfato y carbonato de sosa, indispensables éstos para la constitución ó formación de los huesos, y, por consiguiente, para darle la debida consistencia á nuestra armazón.

Contiene asimismo la carne la pepsina, una de las substancias más importantes de ella, por la constitución atómica de la misma, y que contribuye de una manera indispensable á la nutrición del individuo humano.

No debo de echar ó dejar en olvido otro de los cuerpos más indispensables para la nutrición ó la reparación de las pérdidas de nuestra economía, y esta substancia es el cloruro sódico (Na. Cl.), puesto que sin él, así como sin el óxido de hierro, nos sería completamente imposible el sostenimiento de nuestra vida, y este cuerpo ó substancia compuesta nos le proporcionamos del mismo modo que las anteriormente citadas, por intermedio de la carne, y además por la que le añaden nuestras cocineras cuando preparan tanto las sopas como todos los demás platos ó manjares con que nos favorecemos en nuestras comidas cotidianas, y este cuerpo se halla en no pequeña abundancia ó cantidad en todos los líquidos contenidos en nuestra economía, como son la sangre, la linfa, la orina, el sudor, etc., cuerpos que, aun cuando sus dos elementos constituyentes son altamente perjudiciales al organismo, sin embargo, en su combinación atómica hace que desaparezcan tales propiedades para venir á formarse un cuerpo compuesto binario, indispensable para el sostenimiento de la vida individual humana, así como también de la de todos los animales, pues si se llega á privar á algún mamífero de este cuerpo, con el tiempo habría de morir irremisiblemente, como que se han dado casos para hacer la prueba, con el único y exclusivo objeto de llegar á saber ó conocer el valor nutritivo de tal cuerpo, y eso que los dos simples de que consta son cada uno por separado altamente tóxicos; el cloro (Cl) como metaloide gaseoso, impropio para la respiración, y el sodio

(Na) en cuanto metal, que descompone el agua (HO^2) ó protóxido de hidrógeno, para combinarse con el oxígeno (O) y desprendiéndose el nitrógeno (N), y por lo tanto, descompondría el agua de los líquidos que se hallan contenidos en nuestra economía, y por ende la destrucción del individuo humano, todo lo cual demuestra ó puede demostrar hasta dónde alcanzan las maravillas grandiosas de las ciencias biológicas y el gusto, la satisfacción, el contento que se disfruta con el estudio de los mismos el que se halle encariñado con las tales, una vez que haya podido conseguir el poseer algún pequeño conocimiento de los asuntos á que se refieren ó tratan.

Dejo algunas pequeñas consideraciones para el artículo siguiente, pues no quiero que éste me resulte algún tanto largo y se haga pesado y molesto á los lectores de esta Revista.

Debo de indicar también, para que sirva de gobierno á algunas personas, tengan en cuenta el objeto de mis artículos; no es otro sino el de dar las explicaciones más claras sencillas y comprensibles, hasta para las carecientes de los rudimentos más indispensables de las ciencias biológicas, por existir muchos entretenidos en tergiversarias, y, por lo tanto, quitar el mérito propio de ellas.

Félix de Unamuno.

EL CASTILLO MALDITO

CUADRO SÉPTIMO

ESCENA IX

Decoración.

Figura el calabozo número uno del puente del castillo de Montjuich y parte de la entrada de dicho Castillo, es decir, de la mitad de la escena á la izquierda, el calabozo, y en la otra mitad la entrada de la fortaleza. La parte de la escena que corresponde al calabozo ha de estar cerrada; del techo pende un farol de aceite; las paredes muy húmedas; la anchura ha de permitir que haya camas de las que se usan en los cuarteles, dejando además espacio para que puedan pasearse los presos. El calabozo se extiende hacia la izquierda, pues es de unos 18 metros de largo por seis de ancho, aunque el espectador sólo ve el trozo que corresponde á la entrada y las dos ó tres primeras camas. El techo de la otra mitad de la escena representa una bóveda, y el telón del foro situado al final de la bóveda, un muro; antes de llegar al telón del foro, á ambos lados, hay una abertura en forma de pórtico por la cual se sube á la Plaza de Armas; el pórtico de la derecha ha de verse

desde el público y por él penetra la luz que procede del espacio descubierta á que da acceso dicha abertura; son las cinco de la mañana del día 4 de Agosto de 1896; al levantarse el telón desaparecen por el pórtico varios obreros, custodiados por soldados de Artillería fusil al hombro. Por delante de la puerta del calabozo, que estará abierta de par en par, se pasea un centinela, que pertenece también al Cuerpo de Artillería de plaza. Silencio absoluto unos segundos; de pronto se oye algo lejos. «Alto; ¿quién vive?» El centinela se para, escucha y atisba. De más lejos responden «guardia civil». Después la misma voz que ha dado el «quien vive» dice: «cabo de guardia»; se oyen pisadas y el chocar de culatas contra el suelo. De la Plaza de Armas bajan, apareciendo en el pórtico el Mayor de Plaza, teniente coronel de Infantería y un capitán ayudante de igual Cuerpo, al mismo tiempo que entran por la derecha primer término que representa, junto con parte de la boca del escenario, la entrada al castillo, un teniente de artillería, oficial de guardia y el teniente de civiles que custodiaba la cuerda

de presos del cuadro anterior, este con una lista en la mano que entrega al otro oficial. Por la derecha, primer término, se oyen murmullos y culatazos al suelo, es la cuerda de presos y sus guardianes que van entrando en el castillo; se les desata, pero no á la vista del público,

ESCENA X

Mayor de Plaza, capitán llavero, oficial de guardia, teniente de civiles, civiles, soldados y presos.

OFICIAL

(cuenta la lista que le ha entregado el teniente). ¿Son diez y seis?

TENIENTE

Diez y seis; sí señor.

MAYOR

Que vayan entrando en este dormitorio (señalando el uno del puente).

CAPITÁN

(dirigiéndose hacia la derecha). Que entren los presos.

(aparecen los presos, el capitán les indica con la mano la puerta del calabozo, los presos van entrando; cuando hay la mitad fuera y la otra mitad dentro, pero todos á la vista del público, el Mayor dice.

MAYOR

Alto. (todo el mundo se para; el oficial de guardia, el capitán llavero y el teniente de civiles dirigen la vista al Mayor de plaza). ¿Quién de ustedes se llama D. Fernando Tarrida?

TARRIDA

Servidor.

MAYOR

De orden del excelentísimo señor capitán general de Cataluña queda usted nombrado cabo de este departamento; colgando de la pared hallará usted un cuadro en el que está escrito el régimen que los presos han de seguir. Cualquier infracción de este régimen por parte de los reclusos será castigada con arreglo á la importancia de la falta. Usted, Sr. Tarrida, representa, dentro de este calabozo, al excelentísimo señor capitán general de Cataluña. Ahora pueden continuar entrando.

TARRIDA

¿Me permite el señor teniente coronel?

MAYOR

¿Qué se le ofrece?

TARRIDA

¿Es obligatorio este cargo?

MAYOR

En absoluto.

(Tarrida no contesta, concretándose á hacer un movimiento de hombros; los presos van entrando; cuando han entrado todos, el Capitán llavero cierra la puerta; aún no había sacado la llave de la cerradura, aparecen por el pórtico de la derecha varios presos custodiados por ocho ó diez soldados de artillería; el Capitán llavero vuelve á abrir la puerta; los nuevos presos entran en el dormitorio uno del puente y el Capitán vuelve á cerrar; entre los presos que han bajado de los calabozos de la Plaza de Armas, figuran Fo, su Suegro, Montaner, Pujol, Bó, Fruitós, Chiquillo, Prat, Antonio, Vilella, Rugiero, etc. Los militares se retiran tan pronto quedan encerrados los presos, saludando antes militarmente al Teniente coronel, quien seguido del Capitán, desaparece por la izquierda; los dos tenientes por el primer término de la derecha; el centinela al quedarse solo continúa el paseo interrumpido; de cuando en cuando mira por la ventanilla de la puerta; los presos se reúnen en un corro, menos el anciano Ramón Talard, que se echa encima de la cama más cerca de la puerta.)

ESCENA XI

Francisco, Manuel, Ramón, Anselmo, Fruitós, Bó, Prat, Rugiero, Baldomero, Cayetano, José (Molas), Juan, Jaime, José (Ocasnovas), Fernando, Mateo, Cristóbal, Solé, Alfredo y otros, hasta veintiocho.

BALDOMERO

¿Qué hay de nuevo; cómo se pasa la vida en este Castillo?

FRANCISCO

Antesyer empezaron los martirios.

ANSELMO

¡Atina! ¿Vaya una noticia!

JAIMÉ

Están en el tormento Sufé, Ollé pequeño y Aschery.

ALFREDO

¡Es preciso rebelarse; nos van á matar á todos, moño; que cada uno coja un banquillo de su cama, y cuando abran, ¡á ellos!

JUAN

¡Vamos á ver, explicáos mejor, porque nosotros nada sabemos!

MANUEL

¡Ya te lo explicarán ellos!

FRUITÓS

Nos han reunido aquí á los que consideran más peligrosos, y creo que todos iremos al tormento y alguno al foso.

ALFREDO

Morir por morir vale más morir matando. Lo que yo digo es la mejor solución.

JUAN

¡Más calma, más serenidad!

FERNANDO

Esto es atroz.

ANSELMO

Debe haber exageración.

JAIMÉ

El tormento es un hecho hace dos días.

BALDOMERO

¿Estáis de ello seguros?

(Juan y Anselmo hablan en voz baja, algo separados de los demás.)

ALFREDO

¡Y tan seguros! Como que nos lo ha dicho un oficial.

CAYETANO

Pudiera haber engaño.

FRANCISCO

Las malas noticias siempre son verdad.

CRISTÓBAL

Me parece que tendremos que quitar mucho jierro.

MANUEL

Ya te lo dirán de misas.

MATEO

¡Bueno, pero no hay que asustarse!

JUAN

¡Que cada uno aguace el ingenio para ha-

llar la manera de transmitir estas impresiones á nuestras familias y á la prensa. En este sentido es mejor pecar por carta de mas que por carta de menos.

JAIMÉ

Es lo que hacemos desde ayer en todos los calabozos.

FERNANDO

¿Os permiten que os comuniquéis unos á otros?

JAIMÉ

No lo permiten; pero nosotros rompemos el asedio.

CAYETANO

¡Ea, manos á la obra!

JUAN

Sí, sí; menos palabras y más hechos.

(Todos desatar sus llos respectivos ó sus maletas, y sacan de ellos papel y tinta; andan de allí por allí buscando sitio para escribir.)

MANUEL

No os apuréis; tenemos mesa.

FERNANDO

¿Dónde está la mesa?

JAIMÉ

Vamos por ella.

(Manuel, Jaime, Alfredo, Francisco, Fruitós, Bó y algún otro de los que hace días que residen en el Castillo, deshacen dos ó tres camas, y con los banquillos y las tablas forman las mesas; cuando todo está arreglado, los unos de rodillas y los otros sentados sobre el jergón, se ponen á escribir encima de las mesas improvisadas. Un momento de silencio. Dos ó tres que no saben escribir se pasean desde la puerta á los bastidores de la izquierda, por donde desaparecen, figurando que llegan hasta el otro extremo del dormitorio y vuelven; entre los que se pasean están Mateo, Cristóbal y José Casanovas y Molas.)

José (Molas).

¿Y os dejan cantar aquí? *(nadie contesta).*

José (Casanovas).

¿Supongo que no se opondrán á que comamos ensalada?

CRISTÓBAL

Déjalos, hombre, que trabajan para todos.
(Un momento de silencio, unos escriben, otros se pasean. Ramón (Talar) se incorpora, mira a los demás con estupefacción, como si despertara de una pesadilla, exhala un gemido bastante fuerte y se deja caer de nuevo sobre la cama; Juan sin concluir la carta se levanta y se acerca a Talarde: le coge el pulso, le pone la mano en la frente y dice:

JUAN

¿No estás mejor?

RAMÓN

Estoy peor.

JUAN

¿Quieres que llamemos al médico?

RAMÓN

Mejor sería que me volvieran a la enfermería de la cárcel.

JUAN

Déjalo por mi cuenta.

(Los presos van concluyendo de escribir cerrando cada uno su carta. Juan se dirige a la puerta con el propósito de llamar al oficial de guardia, para participarle que en el dormitorio hay un enfermo; aparece un cabo de Artillería en el pórtico de la derecha, y se dirige a la puerta del calabozo.

ESCENA XII

Los mismos y un cabo de Artillería.

CABO

(desde la ventanilla). ¿Cuántos son ustedes?

JUAN

(que en aquel momento llegaba también a la ventanilla) Tarrida; ¿cuántos somos?

FERNANDO

Veintiocho.

(Cabo cuenta dinero: los que aún no habían concluido las cartas las concluyen y las cierran. Fernando se acerca a la ventanilla para recibir el dinero en calidad de cabo del dormitorio: se acercan también, pero con muchas precauciones, y llevándose varias cartas que los demás habían dejado encima de la mesa, Francisco y Jaime).

CABO

(alargando el brazo hacia dentro por la ventanilla). ¡Tomad!

(Tarrida toma el dinero, mientras Francisco mete la mano en la manga de la chaqueta del cabo y le saca periódicos; después reúnen las cartas que llevan Francisco y Jaime y las meten donde habla los periódicos; esto debe hacerse con mucha rapidez: el cabo retira el brazo a un apretón de manos de Jaime y cae el telón mientras Anselmo dice:

ANSELMO

¡Muchachos, a luchar por nuestra vida, por nuestra libertad y por nuestras ideas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Federico Urales.

La herencia y la ley de la evolución.

II

Hemos visto que la evolución en los seres vivos, aunque implique muy á menudo mejoramiento, progreso, paso de lo peor á lo mejor, de lo inferior á lo superior, no significa, sin embargo, en el sentido científico, más que el tránsito de lo simple á lo compuesto y de lo homogéneo á lo heterogéneo, y que, por consecuencia, algunas veces, en lugar de llevar al progreso, lleva al debilitamiento y á la caducidad. Es bajo este último aspecto bajo el que nos queda que estudiar la herencia, ó sea en su relación con la ley de la evolución.

Todo lo que vive declina y se extingue. Sin duda, pensando en esta verdad de evidencia indiscutible, es por lo que la creencia en el progreso se ha producido tan tardíamente. El individuo desaparece, después la familia, después el pueblo; y lo mismo que el

individuo usa varios cuerpos antes de extinguirse, la familia usa muchos individuos, el pueblo muchas familias, la humanidad muchos pueblos. Tal vez esta misma debe desaparecer á su vez. Tal vez deba ser usada por una fuerza más poderosa. Tal vez en el desarrollo del mundo no sea más que un término de una serie sin límites, un eslabón de una cadena sin fin.

Si se echa una mirada sobre una familia cualquiera que haya representado un papel en la historia, he aquí lo que se ve. Su origen es tan obscuro, que con frecuencia hay que suponerlo ó fabricarlo; después se manifiesta, se engrandece, alcanza su apogeo en una, dos ó tres personas á lo más, y después declina y se extingue. Tomemos la segunda raza de los reyes de Francia. Parte de San Arnaldo, obispo de Metz, sigue una marcha ascendente en Pepino de Heriscal, Carlos Martel, Pepino el Breve, Carlomagno; alcanza en este último su completo florecimiento y después declina.—La tercera raza parte de Roberto el Fuerte, conde de Francia; llega á su apogeo con Felipe Augusto, San Luis y Felipe el Hermoso, y después se extingue en tres reyes oscuros. Esto sucede poco más ó menos con la rama de los Valois, nacida de Carlos de Valois, hijo de Felipe el Atrevido; con la rama de los Angulema, nacida de Luis de Orleans, hijo de Carlos V, y que acaba con los débiles hijos de Catalina de Médicis. Después vienen los Borbones, en los que Enrique IV y Luis XIV marcan el apogeo, y después no hace más que declinar. Lo mismo pasa con los Guisa, los Condé, etc., etc. Las familias que no han jugado un gran papel más que en un pequeño teatro, en sus provincias, en sus ciudades, no escapan á esta ley. Esto mismo pasa con los pueblos. Su origen es obscuro; se engrandecen, dan la medida de sus fuerzas, y después fatalmente vienen al período en el cual no pertenecen más que á la historia; y esta decadencia es debida, menos á las causas vagas, á las que los historiadores la atribuyen de ordinario, que á una causa precisa, á saber, el debilitamiento de las facultades físicas, intelectuales y morales (y de las funciones orgánicas que son su condición), sino en todos los ciudadanos, al menos en la mayor parte.

Aquí se presenta una cuestión á saber: ¿cuál es la duración de la herencia? Naturalmente, no se trata de la transmisión de los caracteres generales y específicos, que no pueden tener otros límites en el tiempo que los de la especie. El problema debe ponerse bajo una forma más restringida. Dada la aparición en una familia de un talento matemático musical ó de cualquier otra clase, ó de un carácter particular como el de los Guisa ó los Condé, ¿queda fijo para siempre? En el caso contrario, ¿cuánto tiempo puede resistir á la disolución?

En lo que concierne al hombre, no se puede responder más que aproximadamente. Sólo la experimentación daría una respuesta exacta, y la experimentación no ha sido jamás hecha con el debido rigorismo. Nótese, en efecto, lo que pasa en la realidad. En un hombre se manifiesta cualquier talento. En sus hijos, una segunda herencia entra en juego, la de la madre, con la suma de influjos ancestrales que ella representa. Lo mismo pasa en la tercera generación. «En la historia de las familias célebres, sólo se ha hecho la historia del hombre y no la de la sangre.» Para responder á la cuestión planteada, sería necesario que la unión hubiera tenido lugar entre dos seres que tuvieran exactamente el mismo talento y que se continuase durante muchas generaciones, siguiendo el método llamado *in and in*. Es probable que se produjera entonces en el hombre como en los animales la fijeza del carácter adquirido.

Si se toma la cuestión bajo su forma práctica, es decir, según nuestros hábitos sociales, se debe admitir que la persistencia de la herencia mental no se transmite más que á cuatro ó cinco generaciones á lo sumo. Los numerosos ejemplos citados en esta obra dan fe de ello

Lucas llega á la misma conclusión. «El movimiento ascendente de las facultades superiores de un gran número de fundadores de dinastías, se detiene casi siempre en la tercera generación, continúa raramente hasta la cuarta, y casi nunca pasa hasta la quinta.» La herencia morbosa nos suministra un resultado análogo cuando la enfermedad no motiva una completa degeneración: «la dualidad de autores que toman parte en la generación, y la acción del gran número sobre el pequeño, llegan á destruir los tipos individuales en algunas generaciones, seis ó siete, poco más ó menos».

Esta es, después de todo, una buena prueba de tenacidad, y el poder de la herencia se mide tan bien en esta lucha, en la cual acaba por desaparecer, como en los crecimientos repetidos que la fijan á perpetuidad.

Examinemos, mientras tanto, qué papel juega la herencia en el período descendente. Hemos visto que, aunque no pueda nada por sí misma, siendo una simple tendencia conservadora, sin embargo, ella sola hace el progreso posible durante la época ascendente de la evolución. Pero también, cuando se ha entrado en el período descendente, afirma y regulariza la decadencia. Ella, que había puesto uno sobre otro, fatal y ciegamente, los pilares del edificio, los quita uno después de otro con la misma ciega fatalidad.

Su influjo es directo ó indirecto.

El influjo directo se ejerce por el matrimonio. No es raro que razones de familia, las conveniencias, una casualidad ó un capricho, lleven á un hombre eminente á casarse con una mujer muy mediocre. Se ha notado que los grandes hombres no dejan á menudo más que una posteridad indigna de ellos; se ha aprovechado esto para poner en duda la transmisión hereditaria, mientras que tal vez fuera menester ver en este hecho una confirmación sorprendente de la ley. Galton, en su trabajo sobre los *Juges d'Angleterre*, nota que de treinta y dos jueces que han sido elevados á la dignidad de par, antes de acabar el reinado de Jorge IV, hay diez y nueve *peerages* que subsisten y doce que se han extinguido. Habiendo buscado minuciosamente las causas de esta extinción, el autor las ha encontrado en las razones de sociedad y en motivos de conveniencia que llevan á uniones mal adecuadas: los pares cuyas familias han desaparecido prontamente «se casaban con herederas». Aun cuando estos matrimonios desiguales no produzcan resultados tan graves, no se puede dudar que, en virtud de las mismas leyes de la herencia, deben causar una decadencia que, renovada muchas veces, motiva necesariamente la extinción de una familia bien dotada, ó lo que todavía es peor, su mediocridad. Es claro que un hijo puede tener tanto de su madre mediocre como de su padre ilustre; que, en el caso más ordinario, debiendo ser una resultante de los dos, tendrá dos probabilidades contra una de ser inferior al padre de que procede.

Considerada como causa indirecta de decadencia, la herencia obra por acumulación. Toda familia, todo pueblo, toda raza, aporta al nacer una cierta dosis de vitalidad y una suma de aptitudes físicas y morales que deben salir á luz con el tiempo. Esta evolución tiene por causas las acciones y reacciones continuas del medio sobre el ser y del ser sobre su medio. Dura hasta el momento en que la familia, el pueblo ó la raza han cumplido su destino, brillante para algunas, notable para muchas, obscuro para el mayor número. Desde que esta suma de vitalidad y aptitudes comienza á debilitarse, comienza la decadencia. Por débil que sea al principio, la herencia la transmite á la generación siguiente, después de ésta á la otra, y así, descendiendo siempre, llega hasta un completo aniquilamiento, á menos de que una causa exterior venga á detener la decadencia. La herencia no es, pues, aquí más que una causa *indirecta* de debilitamiento; la causa directa es la acción del medio, comprendiendo bajo esta palabra todo lo que sea acción exterior, no

solamente el clima y el régimen, sino los hábitos, las costumbres, las ideas religiosas, las instituciones y las leyes, que á menudo son también ineficaces, en lo que cabe, para motivar el bastardeamiento de la raza. En Oriente, los harenes con su vida de ignorancia absoluta y de ociosidad completa, han motivado, gracias á la herencia física y moral, un debilitamiento rápido de varias naciones. «Nosotros no tenemos el harén en Francia, dice un naturalista; pero otras causas, de origen bien diferente, tienden á rebajar finalmente la raza. Hoy, el amor paternal, ayudado por los cuidados de una ciencia médica más segura y más hábil, asegura más y más el porvenir de los niños, arrancando á la muerte una multitud de seres raquíticos, contrahechos ó de una constitución viciada, que habrían perecido seguramente entre los salvajes ó en la sociedad de hace uno ó dos siglos. Estos niños llegan á ser hombres y se casan; por la herencia transmiten á sus descendientes una predisposición, por lo menos, á imperfecciones análogas á las suyas. Muchas veces, los dos esposos aportan cada uno su parte en esta descendencia. Los hijos se van debilitando, y resulta, en una determinada sociedad, el bastardeamiento y, finalmente, la desaparición de ciertos grupos.

La única idea un poco clara que se puede formar sobre una descendencia física y moral transmitida por herencia, es la de atribuirle una causa orgánica. La fisiología y la anatomía del cerebro están muy poco adelantadas para explicarla; nosotros no podemos decir á qué alteración cerebral corresponde tal debilidad de la inteligencia ó tal perversión de la voluntad. Pero los fenómenos cerebrales y los fenómenos psíquicos están tan íntimamente ligados, que una variación de los unos implica una variación de los otros.

Supuesto esto, tomemos un hombre de una organización mediana en lo físico y en lo moral, un *average man*. Supongamos que, por consecuencia de una enfermedad, por circunstancias exteriores, por influjos que vienen del medio ó aun de su voluntad, se produce en él un debilitamiento mental, muy pequeño por lo demás, pero permanente. Es claro que la herencia no ha puesto nada para esta decadencia; pero si este debilitamiento se transmite á la generación siguiente, y si, además, las mismas causas continúan obrando en el mismo sentido, es claro que la herencia deviene á su vez una causa de decadencia. Y si este trabajo lento continúa en cada generación, se puede llegar á una extinción total.

Esto es aplicable en todo á un pueblo como á una raza. Para esto es menester, lo cual no es raro, que los influjos destructores obren, no sólo sobre un individuo aislado, sino sobre una suma de individuos. El mecanismo de la decadencia es el mismo, y nosotros tenemos derecho para afirmar que las causas que motivan un debilitamiento considerable de fuerzas intelectuales en el círculo restringido del individuo y de la familia, deben producirlo también en la aglomeración fija de individuos que constituyen una sociedad.

Los historiadores explican ordinariamente las decadencias por el estado de las costumbres, de las instituciones, del carácter, todo lo cual es verdad en un sentido; pero estas son razones un poco vagas; hay aquí, como se ve, una causa más profunda, última, una causa orgánica cuya acción no es posible más que por la herencia y que ellos olvidan completamente. Se ignorarán todavía, por largo tiempo tal vez, estas causas orgánicas; pero nuestra ignorancia no las suprime. Para nosotros, que hemos tratado de estudiar por nuestra propia cuenta la decadencia del Bajo Imperio, la más sorprendente que ofrece la historia, siguiendo paso á paso esa degeneración que dura mil de años; viendo, en sus obras de arte, el talento plástico de los griegos desvanecerse poco á poco para llegar al dibujo duro, á las figuras llenas de stonfa é inmóviles de los Paleólogos; la imaginación de los griegos extenuarse y quedar reducida á algunas insignificancias descriptivas; su

espíritu vivo transformarse en palabrería vacía y en una chochez senil; los caracteres borrándose hasta el punto de que sus últimos grandes hombres hubieran sido en otra época medaños, nos ha parecido sentir, bajo todos estos hechos visibles y palpables, los únicos en que fijan los historiadores el trabajo lento, ciego, inconsciente de la naturaleza en estos millones de seres humanos que declinaban sin saberlo, y transmitían a sus descendientes, aumentándolo siempre, un germen de muerte.

Así en todo pueblo, ya suba ó ya baje, hay siempre para servir de base á todo cambio un trabajo latente del espíritu, y, por consecuencia, de una parte del organismo, que cae necesariamente bajo la ley de la herencia.

Terminamos aquí este estudio de conjunto sobre las consecuencias de la herencia. Es menester ahora examinar los detalles. Para proceder con método, iremos de las causas á los efectos, es decir, de los sentimientos y de las ideas á los actos, y de los actos á las instituciones sociales. Estudiaremos, pues, el influjo de la herencia; primero, sobre la constitución del alma humana sobre sus estados intelectuales; sus sentimientos y sus pasiones; después, sobre los actos que traducen á lo exterior esos estados internos; por último, sobre las instituciones que resultan de los actos y los consolidan al mismo tiempo que los regula. Examinaremos así sucesivamente las consecuencias *psicológicas, morales y sociales* de la herencia.

Ch. Ribot.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CUESTIONES SOCIALES

I

Armonías imposibles. — Los falsos socialismos burgueses y la filantropía.

Cuando el mundo de los satisfechos se ha percatado, debida y profundamente, de que, á pesar de sus complicados sistemas de opresión, tan disimulada cuanto dura y mordaz, con todo el fárrago inmenso de sus leyes embudiacas, sus guerreras milicias permanentes, sendas personalidades jurídicas y enormes enjambres de asalariados autoritarios más ó menos honorables, no le era posible fiar únicamente á la fuerza bruta, organizada para ejercer la opresión tiránica, la guarda de sus privilegios tan queridos; *el mundo de los satisfechos*, vista su crítica situación, ha dado con ansia inusitada á buscar *formulas conciliadoras* con que garantizar lo mejor posible la abrumante legalidad que nos consume y aniquila en lánguidos sopores de muerte; y, al efecto, ha inventado y puesto en práctica mil y mil nuevos procedimientos de *armonía social*.

Fáltale al capitalismo la fuerza moral que proporciona la armonía é integración de todas las restantes fuerzas sociales, y procura á todo trance revestirse de esa fuerza prestigiosa y saludable para poder así afirmar sólidamente su poderío avasallante y arbitrario sobre bases de ficticia fraternidad social. Pero, como todas sus *armonías fraternales*, fundadas el capitalismo en el triunfo del privilegio sobre el derecho y la justicia; por eso es imposible que la *cuestión social*, la tremenda y *pavorosa cuestión social* entablada entre el pueblo esclavo y la *excelentísima estirpe* de los exentos, de los nobles, de los mandarines y de los ricos, se resuelva *armónicamente*.

No; no puede haber *armonía* alguna entre los trabajadores y los capitalistas, porque, ¿cómo es posible que los oprimidos, vejados y explotados hombres del trabajo, estén en *buen armonía* con los hombres del capital, con los explotadores y con los tiranos..?

No; la raza augusta de los fecundos no puede pactar armonías con la estéril raza de los tiranos y de los parásitos.

Toda armonía entre capitalistas y trabajadores supone esclavitud de los últimos en beneficio de los primeros.

Por eso, pues, porque comprenden perfectamente el alcance de las ulteriores consecuencias entrefiadas en la magna cuestión que se debate entre obreros y capitalistas; viendo las clases privilegiadas el extraordinario fomento que en nuestra época adquieren los reivindicadores ideales socialistas, apresúranse á salirnos al paso dispuestos á *ganarnos la partida* con todo género de habilidades, argucias y equilibrios á lo Dulcámara, y echando mano de los más extraños y chocantes procedimientos.

Hasta hace poco conformábanse con proclamar, en sonatas despectivas, lo absurdo é impracticable que, á su docto juicio, resultaba todo principio netamente socialista. Pero observando al fin que el *procedimiento de las negaciones absolutas* no producía los efectos deseados, los hombres del capital, asistidos y secundados hábilmente por la enorme chusma sofística de *sabios* ultramontanos y sociólogos liberales, que, al servicio de la reacción y el burguesismo en auge, pululan por esos mundos de Dios cual *Ferónimo Paturot*, en busca de una buena posición social, han entrado resueltamente en el movimiento, y muchos de ellos, haciendo alarde de altruistas liberalísimos y progresivos hasta la pared de enfrente, proclámanse *socialistas enragé*, titulándose *amigos y protectores del pueblo obrero*.

Con tal motivo, el maremagnum redentor es, verdaderamente, tremendo. Trátase sencillamente de mixtificar la buena doctrina socialista, á fin de restar fuerzas á la gran causa de la revolución libertadora que se avecina; y para eso se han inventado todas esas flamantes teorías que nos asedian, procurando volvernos locos al arrastrarnos vertiginosamente en las tremendas confusiones de torbellino en que todo se revuelve, agita y descompone con estrépitos de destrucción.

Para eso, para restar fuerzas á la gran revolución que se prepara, propágase el socialismo cristiano, y se ponen en acción los tópicos innumerables con que cuento el legalismo gubernamental.

Para eso para restar fuerzas al movimiento revolucionario que todo lo conmueve y transforma con su run-run misterioso y solemne, hanse constituido los llamados *centros católicos de obreros*, sostenidos y mangoneados por la negra turba jesuítica y adinerada.

Quiere la burguesía desviar las corrientes emancipadoras de su cauce natural y preciso; matar el espíritu revolucionario y radical en que se inflama el mundo; y los hombres de valía intelectual que se hallan adscritos á la causa del capitalismo, sacerdotes, economistas y políticos de todas las procedencias, predicán la armonía entre ricos y pobres, entre hartos y hambrientos, cosa tan imposible y absurda como pretender armonizar la luz con las tinieblas ó el frío con el calor.

* *

Los llamados socialistas cristianos, gente clerical y, por consiguiente, contraria á todo progreso fraternario, civilizador y redentor, todo quieren arreglarlo con los gastados tópicos de la *limosna y la sumisión*. Aspiran cristianamente á la constitución de una sociedad envilecida por el estigma de las castas, compuesta de miserables pacientes y de señores limosneros.

Todo el redentor programa social de los llamados por autonomasia socialistas cristianos, hállase entrañado en las siguientes fórmulas místico-degeneradoras:

*Caridad y sumisión.
Pan y catecismo.*

Los socialistas cristianos limitan toda la acción social de su obra emancipadora á recordar al rico que procure ser *caritativo, muy caritativo*, todo lo *caritativo* que buena-mente pueda, para con el pobre, su *hermano*, á cambio, naturalmente, de exigir al pobre la sumisión más completa, rendida y absoluta á cuantas órdenes, caprichos é imposicio-nes emanen de la Santa Iglesia católica, del Estado ó de los *superiores sociales*, los ricos.

«Siempre ha de haber en el mundo ricos y pobres, porque así está infaliblemente decretado por el Señor del cielo y de la tierra.» Tal suelen aseverar á cada paso los flamantes socialistas cristianos de bonete y casulla. Hay, pues, que respetar á los ricos y servirlos humildemente.

El rico—según los socialistas cristianos—es rico porque Dios, en los altos designios de su inexcrutable sabiduría, *quiere que lo sea*. Pero los bienes cuantiosos de fortuna de que los potentados se hallan en posesión legal, no les pertenecen en absoluto; porque los ricos son los hombres afortunados elegidos por el Altísimo en clase de depositarios de inmensas riquezas terrenales para que, con ellas, favorezcan, piadosa y fraternalmente, á los necesitados y amparen con dulce ternura á los pobres y á los desvalidos.

Estas teorías inmorales y hasta *sacrílegas* que, ciertamente, nada tienen de socialis-tas, sólo consiguen engatusar al reducido número de obreros ignorantones que forman la masa inconsciente é inhábil de los trabajadores devotos, abobados é inferiores. Poco debe temer, pues, la causa de la revolución del pseudo-socialismo cristiano porque, real-mente, carece de influencia entre el elemento trabajador.

Pero no son, no, únicamente las gentes de cogulla las empeñadas en la labor antiso-cial de desviar al pueblo obrero del verdadero camino de su emancipación. A obra tan de suyo *meritoria* coadyuvan todas las clases directoras y privilegiadas de la sociedad, inventando una infinidad de fórmulas armonizadoras, á cual más seductoras y atrayentes, para ver de sujetar á los hombres de trabajo, con remaches más ó menos modernistas, al ominoso yugo de los hombres del capital.

Al efecto, el *socialismo de los hombres de Estado*, de los políticos más ó menos demó-cratas y *liberalotes*, pone también en juego, como lo hacen los clericales, todos los pode-rosos medios de acción de que dispone, libre y caprichosamente, para adormecer el es-píritu *redentorista* que anima al llamado *cuarto estado*, promulgando leyes de protección para los hombres del trabajo, haciendo á los patronos responsables subsidiariamente de los accidentes que la personalidad del obrero pueda sufrir en las diarias faenas de la producción; y hasta hay naciones en las cuales piensa llegarse, en plazo próximo, á la jubilación y pensionamiento de los obreros inválidos ó ancianos, disponiéndose á crear con tal motivo lo que bien pudiéramos llamar *presupuesto de las clases pasivas del trabajo*.

•••

Como se ve, todo tiende á contener el movimiento socialista que invade el mundo amenazando seriamente la existencia del capitalismo. La ola sube y hay que reforzar heroicamente los muros de contención.

Así es que, por su parte, asociándose al movimiento general, los filántropos, esos se-ñores honorables, remedo exactísimo del famoso y popular *D. Juan de Robres*, colabo-rando en el mismo sentido y con idéntico fin que sus congéneres los socialistas cristia-nos y de estado, procuran también amortiguar el augusto sentimiento de emancipación social que flota sobre el mundo obrero como el espíritu grandioso de toda esperanza

redentora y anhelo de libertad. Y ahí están sus fundaciones piadosas, sus asilos, sus escuelas, sus hospitales, y hasta sus premios dedicados á la *virtud*, á la *honradez* y al *trabajo*.

Los filántropos, procediendo en todo y para todo con arreglo al plan reaccionario preconcebido por el capitalismo para hacer frente á los progresos de la revolución en varias naciones de Europa y América, y hasta en nuestra *propia España*, han edificado *barriadas de casas económicas para obreros*, á fin de que, mediante la amortización paulatina de la suma en que dichos *inmuebles económicos* son justipreciados de antemano por la benéfica filantropía burguesa, consigan los trabajadores hacerse propietarios de las fincas en que habitan, imponiéndoseles el *solo sacrificio de pagar*, religiosa y puntualmente, desde luego, durante la friolera de *una quincena de años*, un estipendio anual módico, eso sí, pero siempre muy superior á las fuerzas de un simple jornalero.

Está enterada la astuta filantropía capitalística de que aumentar el número de los *propietarios* y de los capitalistas, equivale, evidentemente, á retardar *el pavoroso instante de las supremas liquidaciones sociales*, y por eso se afana en procurar á todo trance que los obreros, en mayor ó menor número, *se conviertan en propietarios*, siquiera sea de esas *casas de cartulina* que, como es sabido, valen bastante menos de las *mil pesetejas* en que suelen ser *filantrópicamente tasadas y vendidas*.

* *

Está visto; para redimir al hombre de toda esclavitud explotadora no valen simples paliativos.

Ni el socialismo cristiano, ni las leyes protectoras del trabajo, ni las medidas filantrópicas; nada de esto, tan anodino y rutinario, que deja en pie el mal de la explotación, puede producir el *milagro* de la extinción de la miseria; porque la gran miseria, la tremenda miseria horrible que nos consume y envilece, es producto del régimen capitalista, y sólo desaparecerá, como es lógico y consiguiente, cuando el régimen sucumba bajo la purificadora voráGINE de la Revolución social.

La armonía entre el capital y el trabajo, mientras subsista la entidad capitalista, es de todo punto imposible.

Tiene, pues, razón Charles Secretán cuando escribe que, *bajo el régimen del salario tal como hoy subsiste, aunque tiende á modificarse en todas partes, los intereses del capital y los del trabajo son opuestos, y que de tal oposición resulta una hostilidad que los poseedores del capital sólo logran contener militarmente*.

Sí; sólo la fuerza armada puede sostener la infamia de la explotación del hombre por el hombre, oponiéndose violentamente, tiránicamente, á que se cumpla la justicia social. Pero no es de creer que por toda una eternidad continúen las cosas como hasta aquí, cuando todo comienza á estremecerse bajo las animadoras esperanzas de una próxima redención verdad.

Donato Luben.

HASTA EL FONDO DEL ABISMO

Cuando regresé a Francia, después de haberme detenido quince días en Arlberg y otros cuantos días en Zurich, la casualidad me deparó un nuevo encuentro con mi antiguo amigo Haus Schumann, el célebre profesor de geología.

Después de nuestra última entrevista, había yo meditado profundamente acerca de la terrible aventura del pastor Juan Stumpf, el cual perdió, al mismo tiempo que toda su posición y consideración ante el mundo, el amor de su mujer y de sus hijos, porque la idea que le había acudido era que el universo del buen Dios podía existir sin el Diabolo. La aparición del *León Blanco* se había grabado trágicamente en mi cerebro y no podía apartar mi pensamiento de esta alma ingenua, herida de un rayo celeste, por el crimen de haber soñado que una bondad todopoderosa debía excluir el castigo eterno. Dentro del antro oscuro cargado de vapores narcotizantes, recordaba el desprendimiento blanquecino de la barba debajo de su gran sombrero negro, que ocultaba al mundo aquella faz hondamente demudada por el sufrimiento. Recordaba el pálido rayo de recuerdos dolorosos y horribles.

La pipa por olvido, la cerveza por quimera brumosa de una vida diferente de la vida real, y en ese estado me preguntaba si eso sería la última palabra de este desgraciado.

Juan Stumpf escribió un libro, me había dicho Haus Schuman; ¿de qué modo expresaría en él sus torturas? Antaño nadie tenta piedad del hereje, y sobre una hoguera encendida se lo ofrecían en holocausto a Dios. Actualmente se dejaba vivir a Juan Stumpf, más para arrebatarse todo aquello que contribuía a hacer agradable la vida, que por compasión. Apedreado por ese Schwarbach que todavía le era tan querido a pesar de sus afrentosas crueldades, abandonado por la esposa a la cual no había cesado de admirar sus virtudes, desconocido por sus hijos... por la única razón de que dentro de la sencillez e ingenuidad de su corazón había pronunciado la palabra que le parecía destinada a librar a los hombres de un castigo espantoso.

¿Cuáles eran sus reflexiones? ¿Eran éstas de pena irremediable o de esperanza? Y después me formulaba una pregunta temible: ¿Qué haría en el caso de que hubiese de volver a empezar la lucha? Deseaba conocer a ese hombre, quería hablarle, saber su más recóndito secreto; deseaba averiguar lo que le quedaba por decir.

También deseaba saber lo que su mujer pensaba. Ella había querido mucho a su marido y tal vez le amaba aún. ¿Cuáles eran las razones que habían determinado su huida de la casa del marido? ¿Era tal vez la hortodoxia hereditaria más fuerte que el amor? ¿Era la imposibilidad de concebir la existencia fuera de ese concurso de ignorancias y preocupaciones atávicas que, bajo el nombre de «opinión pública» constituye el principal apoyo de los cerebros débiles? O bien; ¿había creído ella, cándidamente, que no había más que un Demonio en el cual pudiese surgir la idea sacrílega de afirmar la negación del Espíritu del Mal? ¿Eran por esta causa que ella y sus hijos habían querido salvarse de una vez del peligroso contagio? ¿Cuál era su pensamiento y si se había librado alguna lucha en su interior más recóndito, y en que forma? Y sus hijos Carlos y Resia, ¿qué idea se habían formado de la conducta de su padre? ¿Cómo habían, estos muchachos, roto todas sus afecciones con el padre?

Con la vaga esperanza de obtener una contestación más o menos satisfactoria a alguna de estas preguntas, es por lo que, apenas instalado en la fonda que lleva por título *Hotel*

Bauer au Lac, me encaminé al Colegio Politécnico, en el cual tenía la casi seguridad de encontrar al profesor Schumann dando sus lecciones.

Al terminarse éstas, Shumann, que me profesaba sincera amistad, y á quien mi curiosidad no causó sorpresa alguna, se apresuró á satisfacerla, mayormente cuando pronuncié el nombre de Juan Stumpf...

—Ya comprendo lo que es esto—dijo con una sonrisita maliciosa—, y deseáis saber el final de esa historia. ¡Muy bien! Bendecid al cielo ó al azar, según vuestra inclinación, puesto que después de nuestra conferencia nocturna al salir del *León Blanco*, he sabido algo más.

—¿Habéis conversado con Stumpf?

—Precisamente.

—¿De su asunto?

—De su asunto, en verdad. El infortunado se encuentra en una situación todavía peor que la que me había figurado.

—¿Cuál es ella?

—Es todo una historia. Imaginad que un día de la semana pasada estaba paseando por el jardín público antes de la hora de comer. El día algo lluvioso y creía estar solo, cuando al doblar una alameda apercibí á Juan Stumpf, sentado en un banco del paseo. Su sombrero, hundido de ordinario, interceptaba su fisonomía; pero su cuerpo, agitado espasmódicamente, denunciaba los sollozos que su voluntad se encontraba impotente para reprimir. Embargado por una compasión fraternal y olvidando que corría el riesgo, por lo que le iba á decir, de agravar su dolor, sentéme á su lado y le dije dulcemente.

—Soy yo, Juan, vuestro viejo amigo Haus. Alguna vez consuela encontrar un corazón abierto.

Le tomé una mano, y entonces me miró sin dar muestra de disgusto alguno.

—Celebro mucho vuestra compañía—dijo simplemente mostrándome sus ojos anegados en lágrimas—. A menudo he querido hablaros y comunicaros mis grandes penas; pero jamás he osado hacerlo.

—Y yo, creedlo bien, sólo ha sido por pura discreción que no he venido á vuestro lado.

—Habéis sido muy bueno, Haus, al venir hoy; pero pensad que me ahogaría si no pudiese aligerarme del pesado fardo de mis penas, si no las confiase á un amigo. Por haberos dicho solamente dos palabras ya me encuentro mejor. Venid conmigo, que os lo explicaré todo.

Encontré su casa en el mayor desorden, sus libros estaban desparramados sobre las sillas, y hasta los papeles estaban encima de su cama. Me dijo que muy á menudo dejaba de acostarse, esperando que el abatimiento, ayudado por el tabaco y la cerveza, lo hiciese caer en una butaca. Lo que más le impresionaba era un chal de mujer que hay sobre un canapé. He ahí todo su recuerdo.

—Sí, el testimonio está allí—repuso—. ¡Difícilmente creeréis que la he vuelto á ver Adelaida, mi mujer, estuvo ayer aquí ¡En qué estado la encontré! Vieja, encorvada hacia la tierra, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. De este modo la vi entrar por la mañana, sin gestos, sin voz, deslizándose hacia mí como un fantasma. Y yo retrocedí varios pasos aterrizado.

—¿No me reconoces ya, Juan—dijo ella con voz entrecortada—; yo soy aquella que tu llamabas tu bien amada. Y como he traicionado la fe que te había jurado, antes de morir vengo á pedirte perdón.

Se arrodilló á mis pies, diciendo esto, con las manos juntas. Entonces me lancé hacia

ella y la hice levantar del suelo estrechándola en mis brazos, y sin cambiar una palabra mezclamos nuestras lágrimas.

Había perdido la noción del tiempo, cuando una débil voz dijo á mi oído.

—Juan, ¿me has perdonado?

Yo no sentía nada más que una muerte de bienestar doloroso, en la cual se mezclaban no sé como la amargura y la dulzura, la dulzura de todas las alegrías y la amargura de todas las penas.

—No se debe pronunciar esta palabra entre nosotros—respondíle—. A nadie más que á ti he amado y seguiré amándote siempre.

Rompí á llorar con terribles sollozos, después de haberse calmado pudo, al fin, hablar.

—He querido venir sin los niños—me dijo—, llegarán mañana por la mañana. Tengo necesidad de confesarme contigo. Tú eres bueno, sí, Juan... tú tienes el corazón de un niño; yo, en cambio, he sido dura contigo, y quiero explicarte la causa...

—Nada absolutamente quiero saber en este sentido, nada. Tú no me habías comprendido entonces, pero me comprendes ahora; en cambio, yo no he cesado de comprenderte. Te habías ausentado y ahora vuelves, entonces recomenzaremos nuestra vida.

—Sí, sí, eso es. Más tarde, cuando podremos hablar tranquilamente de esas cosas. Mientras tanto déjame decirte que no razoné nada cuando abandoné tu casa llevándome lejos de ti á nuestros hijos... á tus hijos... Esto fué como un huracán que nos lleva y del cual nadie se libra. No puedo decir todavía cual es la causa por la que tomé esta determinación. Parecíame que porque negabas la existencia del Diabolo habías hecho un atentado sacrilego á la voluntad providencial del Creador. Algunas veces pude dejar de hacerme una opinión mientras tuve la duda conmigo misma. Pero cuando vi la duda desvanecerse y hacerse mi opinión verbo y carne á la vez á causa de tu provocación á las creencias sagradas, me pareciste el genio del mal en persona y huí espantada. Hace de esto diez años; después de diez mortales años ni un día he dejado de llorarte, Juan, amado mío, porque yo tampoco he cesado de amarte. Cada día he llorado y cada día me he hecho la misma pregunta para comprenderte y comprenderme al mismo tiempo. Cuando más te creía perdido, sentía una inmensa piedad hacia tu persona, á pesar de mi terror. Cuando te recordaba mi debilidad, me horrorizaba y me aborrecía á mí misma por ser tan floja. ¡Diez años así! ¡Diez años bajo el peso de la más espantosa tortura! ¡Diez años de felicidad que te he robado, querido Juan, durante los cuales he frustrado también la felicidad de mí misma. Al fin te he comprendido y así me tienes, muy miserable, sin duda, pero siempre amante y llena de arrepentimiento. Tenías tú razón, ciertamente. La bondad de Dios es suprema, y la sola oposición del mal eterno le es una ofensa. ¿No es esta tú idea, di?

—A estas palabras—repuso Juan Stumpf, todavía tembloroso al recuerdo de las ideas que acababan de evocarle—, se hizo entre nosotros un rato de silencio. Acababa de comprender que mi cara mujer me volvía á buscar en virtud de un acuerdo entre su amor siempre fiel, y el razonamiento teológico que había necesitado diez años para elaborar en beneficio de la tranquilidad de su espíritu. ¿Pero que podía responderle yo, por mi parte, que había pasado las más arduas meditaciones cada momento durante esos diez años? Adelaida no era la misma que el día de su partida, y yo también había cambiado. En el momento en que creía recobrar la felicidad, veía abrirse un nuevo abismo bajo mis pies. Ragué entonces todo lo que había en mí de audacia.

—Querida mía, no abrigo duda alguna de que yo solo soy el culpable. Yo te he apartado

de eso que llamo enfáticamente «mi gran descubrimiento», cuando lo que debiera haber hecho era explorar tu inteligencia y calmar paulatinamente los escrúpulos de tu conciencia y tus legítimas inquietudes. Es preciso que esta lección nos sirva de enseñanza á los dos. No debo tampoco ocultarte que si tú has reflexionado mucho durante estos diez años, yo no he empleado el tiempo de distinto modo. Tú has llegado á una conclusión que marca un gran paso de progreso en la vía de la verdad, y tampoco te sorprenderá que por mi parte yo haya dado otros. Nos acordaremos de todo esto con toda libertad, estoy seguro de ello; luego, dulce y lentamente te comunicaré mis pensamientos. Tú te abandonas por completo á mí, ¿no es cierto?

Un terrible tormento se cernió en su mirada hundida por crueles y profundos surcos.

—En nombre de Dios, Juan—me dijo—, ¿habéis hecho algún nuevo descubrimiento?

—Yo he hecho muchos descubrimientos, Adelaida—, repuse estrechándola tiernamente sobre mi corazón—. El primero es que no he cesado de colocarte por encima de todas las demás mujeres de la tierra...

Ella se desprendió nerviosamente.

—Juan, ¿habéis ya concluído? Si es que todavía tenéis algún golpe para darme, por piedad, no esperéis ni un solo minuto á hacerlo. Vedlo; por vos he rechazado la creencia del Demonio, lo cual desarregla todo cuanto sabemos de la Providencia. ¿Qué nueva adjuración me pediréis ahora?

—Yo no te pido nada, querida esposa mía; sólo te pido que me dejes creer lo que me parece verdadero, y de dar crédito ó no, por tu parte, á mis creencias según las juzgues por la evidencia,

—En fin, ¿es que vos ya no creéis? Deseo saberlo.

—No creo en los milagros.

—¿Ni tampoco en los de los libros sagrados?

—No creo más en los milagros. No puede haberlos de dos cualidades, los de ahora y los de antaño. Aquel que ha establecido el orden universal debe haberlo previsto todo, y la obligación de cambiar testimoniaría en él una imperfección que no sabría atribuirle sin que para mí fuera otra cosa que una injuria.

—Juan, la audacia de vuestro espíritu me llena de espanto. Si hay alguna cosa discutible en el Libro Santo, ¿dónde está nuestro punto de apoyo? Vos sois un renegado y yo reincidiré en mi primera falta sosteniendo el choque de vuestro error en nombre de la fe, y puede ser que el Cielo me reserve el que yo sea la que os haga entrar de nuevo en el camino derecho. Pero que todo sea dicho entre nosotros en esta hora solemne. En nombre de nuestro amor, en nombre de nuestros hijos queridos, interrogaos, Juan, y respondedme, sin segunda intención: ¿Os sentís en posesión de alguna otra herejía?

—Yo no admito tampoco el dogma de la Trinidad.

Ella bamboleó como si hubiese recibido un puñetazo, y rehaciéndose de repente, dijo:

—Vos queréis ponerme á prueba, porque lo que habéis dicho no es posible... Si habéis dicho la verdad es que ya no me amáis.

—Te he dicho la verdad y te amo siempre. Además, no hay conexión entre mi amor y la creencia de un dogma indemostrable.

Ella me puso las manos en la boca.

—Dejaos de blasfemias—gritó rudamente—; Dios es testigo de que vuelvo á vuestro lado con toda la inocencia de mi corazón. Ayer cuando me despedí de mi anciano padre, me dijo que retornaría pronto de mi viaje, á lo que contesté: «Yo encontraré á mi Juan

como lo dejé. El puede pensar en disidencia—muy grave, ciertamente—; pero es sincero tal y cree, y es cristiano...» Y yo, loca, pensaba en nuestra última entrevista antes del terrible día... Vos acabáis de leer la famosa obra del gran pensador Gladstone, en la cual demuestra los antecedentes del cristianismo hasta Homero. Entonces os maravillásteis de encontrar en el tridente de Neptuno la ilusión más clara de la Trinidad precisamente. Y en la actualidad...

—¿Pero cuál es la necesidad de la teología entre nosotros? Tú eres mi esposa ante los hombres y ante Dios; la madre de mis hijos, y yo te he conservado el amor de mi juventud. Y porque me parece absurdo que uno sea tres y tres sea uno...

—¡Callad, desgraciado!—reprendió—montando en cólera.

—¡Pero tú no has comprendido! Yo no he negado la Divinidad suprema, la cual...

—Sí, sí. Es que os lo reserváis para otra entrevista; pero habéis ya dicho demasiado. Ni una palabra más; mi padre tenía razón. En materia de fe ó todo ó nada. Vuestro imprudente cinismo me colma de disgusto y de horror. No os conozco porque no sois más que un fantasma del que fué mi esposo; ¡atrás, maldito! Yo me llevo la fe, de la cual os trata el socorro, y estos dogmas á los cuales insultáis, son los míos, ¿lo entendéis? Yo me postro de hinojos ante el misterio supremo de la unidad de una triple Providencia. Yo creo en los milagros, y si mi débil espíritu ha podido doblegarse un momento respecto de la creencia del Demonio, estad seguro de lo que voy á deciros: que vuelvo á creer en él por la impudencia de vuestras sacrílegas palabras. Sí, señor; hay un Demonio, y este Demonio ha sido creado para servir la bondad infinita del Creador. Hay un Demonio, y la prueba de ello, es de que éste sois vos.

Se cerró la puerta con estrépito, y Juan Stumpf quedó solo, estupefacto, enloquecido, preguntándose si había sido juguete de un doloroso ensueño. Se había concluido todo esta vez; pero una esperanza quedaba todavía flotando entré la espesa bruma de sus pensamientos: «Mis hijos vendrán mañana», y en su corazón esta palabra había quedado grabada

—Yo les hablaré—se dijo Juan—y les explicaré... Entonces ellos comprenderán.

—Mañana—añadió en voz baja—les esperaré en la estación.

El día se pasó y todo el mundo me observaba; se me creyó loco, seguramente, y la verdad es que me faltó poco para que lo estuviese. Cuando toda mi esperanza fué desvanecida, salí de allí sin saber dónde dirigirme. Vos me habéis encontrado sentado en un banco del jardín público. Pero ¡mis hijos! ¡mis hijos! ¡Cuánto habría podido decirles! Puede ser que dentro de diez años mi esposa haya reflexionado de nuevo, y entonces querrá verme otra vez. Entonces habré muerto..., ó no creeré ya en Dios.

Y Juan volvió á llorar, desplomándose bajo el peso de la fatiga y del dolor encima de su silla.

—Creyéndolo dormido, concluyó Haus Schumann, salí sin hacer ruido de su habitación. Volví al día siguiente y hallé la puerta cerrada; lo encontré luego en la calle, y él esquivó el encuentro. En el *León Blanco*, su sombrero sobre los ojos, me advirtió que no debía hablarle y que debo esperar á que él lo haga. Puede ser esto mañana, puede que no sea jamás. Mi pobre amigo ha recaído en su silencio. No interrumpamos al hombre que reemplaza la vida por un recuerdo.

Versión castellana por

P. de Truvia.

(Estos cuentos están escritos por el eminente escritor francés. Clemenceau.)

LA REVISTA BLANCA

SE PUBLICA LOS DÍAS 1.º Y 15 DE CADA MES

Precios de suscripción... } Un año..... 5,00 ptas.
Un trimestre..... 1,50 —

Número suelto, **25** céntimos,

CON 25 POR 100 DE DESCUENTO A LOS CORRESPONDALES

ADMINISTRACION

Cristóbal Bordiu, núm. 1. MADRID

TIERRA Y LIBERTAD

DIARIO ANTIPOLITICO

Número suelto, **5** céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, **0,75** pesetas.

REDACCION.

MALASAÑA, NÚM. 33. MADRID